

DEL USO
EN SUS RELACIONES CON EL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA EN LA
JUNTA INAUGURAL DE 6 DE AGOSTO DE 1881

Señores:

Volvemos a honrar hoy, según la costumbre en buena hora establecida, el recuerdo de aquellos hombres de fe y sin miedo que trajeron y establecieron la lengua de Castilla en estas regiones andinas. Volvemos a conmemorar el día glorioso que en este valle de los Alcázares comenzaron a sonar acentos neolatinos, de que estas mismas palabras; que por encargo vuestro tengo el honor de dirigiros, son como una continuación y un eco.

En ocasión para nosotros tan grata ¡fuérame dado entretener vuestra atención discurriendo sobre algún ameno y florido asunto de literatura nacional! Pero de mis estudios favoritos, confinantes apenas con la erudición; y en todo ajenos de los alegres esplendores de la elocuencia, ¿qué más habré de ofreceros que fruto inodoro y desabrida cosecha?

Hablaré de la autoridad que se atribuye al uso, y del grado de importancia que le corresponde en la formación y perfeccionamiento del lenguaje.

PRELIMINAR FILOSÓFICO DE LA CUESTIÓN.

Hay, para todo género de investigaciones filosóficas, espíritus que se arrastran por el suelo perezosos e indolentes, a tiempo que otros se engolfan en espacios desconocidos con vuelo sobrado atrevido y temerario.

Los unos, adhiriéndose a todo lo que es material, tangible y positivo, conciben horror por las averiguaciones arduas o delicadas, contentándose con dar a cualquier problema soluciones fáciles, sin curarse de que sean verdaderas. Confunden lo espiritual con lo corpóreo, equivocan la idea con su signo, la causa con sus efectos. Mas aquellos que por extremo opuesto viven aquejados de imperiosa curiosidad filosófica, remontándose siempre a los principios, pierden de vista a las veces lo terreno y lo finito, y atraídos por los señuelos del idealismo, se pierden en las regiones de la conjetura y la alucinación. No modere la razón serena el vuelo del pensamiento investigador, y fácil es también renovar la fábula de Icaro, como aconteció ya a algunos filósofos alemanes, que vieron deshechos cual alas de cera sus peregrinos sistemas, y desde nubes luminosas cayeron en el más grosero materialismo. ¡Lamentables caídas! Pero ¡cuánto más miserable la condición de aquellos que perduran apegados al lodo, sin desplegar nunca las alas de la inteligencia!

¿Qué hombre que se estime no rechazará con justa repugnancia las negaciones materialistas? Pero cuando se trate de definir o sistematizar lo que el yerto materialismo anula o mutila no nos entreguemos, con loco

afán, a teorías absolutas y exclusivas, ni nos arrojemos a precisar objetos que presentan a nuestro entendimiento una forma vaga todavía, ni a reducir a fórmulas ideas de cuyo conjunto armonioso sólo se ofrecen a nuestra débil vista fases indecisas e incompletas. Y no por eso, poseídos de desaliento o desesperanza, retrocedamos tampoco al terreno de los efugios improvisados, de las hipótesis rutinarias; que en la región serena de un espiritualismo templado, podremos satisfacer las legítimas aspiraciones de la mente, gozando de la verdad en el grado y medida en que este goce inefable se ha concedido a la humana inteligencia, señora sólo del aire respirable, no soberana del espacio infinito.

Los espíritus soñolientos de que hablé primero, suelen identificar lo bueno y lo bello con el signo, muchas veces falaz, de la bondad y la belleza. No es otro este signo que la sensación agradable que las cosas buenas y bellas causan en el ánimo de aquel que las contempla. Para ellos el bien y el placer son una misma cosa; a sus ojos en nada difieren derecho y utilidad, y entre sentimientos diversos, entre opuestos intereses, *a priori* se deciden, deseando salir pronto de la dificultad, por la mayor suma de goces, o por el interés más general. Fallarán, asimismo, que lo bello es lo que agrada, y cuando los gustos son varios, darán un corte fiándose de las primeras impresiones, o arrimándose a lo que granjee más popularidad. Tales teorías materializan el orden moral y el orden estético, y cuando en sus desarrollos tropiezan con el absurdo o con obstáculos imprevistos, apelan como a único correctivo, a cálculos numéricos. Mas si apartándonos de estos racionios me-

cánicos tratamos de reducir a principios y a explicar con razonable exactitud las nociones de lo bello, de lo bueno y de lo justo, *hoc opus, hic labor est**. Empero, aunque en muchos casos particulares no acertemos a descubrir las razones últimas de nuestro juicio, ni a fijar las misteriosas relaciones en que se funda, guiados de honrada y generosa voluntad no nos será difícil resolver con certeza si una cosa es justa o injusta, sin dejarnos seducir por el aparato triunfal de la fuerza, ni por la irrevocabilidad severa de los hechos cumplidos, ni por el apasionado clamoreo de la muchedumbre.

Paréceme, señores, análoga en algún modo y paralela a semejantes doctrinas, superficiales y contentadizas, aquella que en el orden literario erige al uso en regla suprema del bien decir, en única norma del lenguaje. Uso es sinónimo de costumbre y a las veces de moda: la costumbre, como el interés, como el gusto, es varia, y la moda caprichosa; y modas y costumbres cambian y se diversifican con los lugares y con los tiempos. Sin más norte que el del interés o el del gusto, ¿cómo sabremos, dados intereses contradictorios, o entre desavenidos gustos, cuál es interés legítimo y cuál ilegítimo, cuál es gusto puro y cuál depravado? Y sin otra base que el uso, ¿cómo juzgaremos en materia de usos, habiendo varios y no conformes entre sí? Si nos atenemos a la razón del mayor número de individuos que siguen un uso, hallaremos un medio, aunque no seguro, de fijar el mérito comparativo de usos contemporáneos, pero no acertaremos a confrontar unos con otros, para dar la preferencia al que la merezca, los

* [VERG. *Aen.* VI, 129].

usos que en épocas sucesivas llevaron, cada cual en la suya, la sanción de la mayoría.

Por este camino llegaríamos a la teoría fatalista, aplicada por Mr. Latham a la crítica del lenguaje: todo lo que se ha usado *fue* bueno, *es* bueno, todo lo que se usa, y bueno *será* todo lo que haya de usarse. Sería la historia del lenguaje una mera sucesión de usos igualmente buenos, o mejor dicho, ni buenos, ni malos: no cabría en el lenguaje perfeccionamiento alguno, ni tampoco decadencia: no habría principio filosófico por donde pudiese el crítico, siguiendo a la lengua patria en su marcha y variaciones, señalar sus altibajos, sus épocas de mayor pureza o de corrupción, sus pérdidas y ganancias; ni serían tampoco poderosos los escritores, estudiando las leyes y contextura del idioma, a promover su desenvolvimiento progresivo. En suma, la teoría que principia por fijar el uso como única norma del bien decir, acabará mal que pese a sus sostenedores, si es lógica en sus conclusiones, negando toda norma racional en materia de lenguaje.

No ha sido ciertamente esa teoría gramatical, si este nombre merece, entendida por todos de una misma manera; pero todos, o casi todos, la admiten en principio, sin desazón de conciencia.

Observad, señores, que en la esfera literaria las doctrinas que entronizan el gusto general o la razón del mayor número, no han provocado la ardiente contradicción que en el orden moral y político. La razón de esta diferencia nos sale al encuentro sin buscarla. Aunque el lenguaje intime relaciones con la cultura nacional, y señale los grados de civilización de cada pueblo,

con todo, las cuestiones filológicas, por vivo que sea el interés que despierten en claras y bien educadas inteligencias, no alcanzarán jamás la altísima y trascendental importancia que acompaña a las grandes cuestiones morales y políticas. No todo gobierno, no toda religión satisface a las necesidades primarias de la vida industrial, social y espiritual; pero cualquier idioma, por tosco y rudo que sea, concede lo que a la facultad de hablar piden esas propias urgentes necesidades. Cuando un pueblo se ve amenazado en su independencia, la lengua nacional se engrandece y endiosa a sus ojos; y si ha incurrido en la proscripción decretada por gobiernos usurpadores o tiránicos, refúgiase en el hogar doméstico, y entre los lares que venera la familia es objeto de culto cariñoso. Fuera de estos casos excepcionales, el pueblo habla la lengua que ha recibido por tradición, sin conocer ni sospechar siquiera la clase de tesoro de que dispone, y la poetiza o la aplebeya sin conciencia de sus actos.

Que esto haga el vulgo, es natural y se comprende sin esfuerzo; pero las mismas excusas por ningún caso son aplicables a los literatos y eruditos, que investigando y descubriendo las leyes del lenguaje, no sólo le manejan por mero instinto de imitación, sino que le cultivan con arte, como un instrumento cuya forma y fines científicamente conocen.

Los filósofos que soñaron con la creación de una lengua universal no sólo dieron por sentado, implícitamente, que el uso no es norma del lenguaje, sino que desechando todo punto de apoyo no tomaron lengua alguna, entre las usadas, por base de su fábrica con-

vencional. Filólogos modernos que con apasionada predilección consideran la facultad de hablar como la única que distingue y ennoblece al hombre sobre todas las criaturas, conceden en cierto modo, por este hecho, a la ciencia del lenguaje la primacía entre todas las especulaciones antropológicas. ¿Y cómo había de elevarse el estudio de las lenguas a la categoría de ciencia, y entre ciencias excelentísima, si el lenguaje no reconociese más norma que el uso, arbitrario a las veces y siempre variable? Sin duda que aquellos fantásticos y ya extinguidos proyectos de una lengua universal, así como este moderno empeño de singularizar el habla como distintivo del hombre, andan fuera del círculo de la teoría que constituye soberano al uso, y bien examinados y traídos a sus naturales consecuencias, con ella rompen de frente.

Nadie, empero, que yo sepa, se ha tomado el trabajo de hacer estas o semejantes confrontaciones, encaminadas a determinar los grados de autoridad que al uso hayan de reconocerse; porque los filósofos han mirado la cuestión de saber cuál es la norma del lenguaje como cosa de poca monta, o como extraña a sus encumbradas lucubraciones, y propia y privativa de los filólogos; y los filólogos, por su parte, o por temor de filosofar apartándose de los hechos, o por hábito irreflexivo, o por desdén mal fundado, en proponiéndose la cuestión, repiten de coro que el uso es la norma del lenguaje; atreviéndose tan sólo, los que más ahondan, al notar las absurdas consecuencias a donde podría llevarlos semejante doctrina, a interpretar lo que ha de entenderse por uso, poniendo así algunas justas, aun-

que no suficientes limitaciones, al bronco sentido absoluto de la sentencia.

II OPINIONES DE ALGUNOS HUMANISTAS SOBRE LA CUESTIÓN

Y aquí como muestras de tales limitaciones, ocasionales casi siempre, rara vez deliberadas, permitidme recordaros los juicios rápidos que formaron sobre la materia de que trato algunos escritores o humanistas ilustres, antiguos y modernos.

QUINTILIANO, tropezando con la dificultad que representa la variedad de usos, enseña que por uso ha de entenderse el consentimiento de los eruditos, así como en punto de moralidad no hay otra costumbre respetable que aquella en que convienen los buenos¹. Saint-Martin y otros publicistas del presente siglo, trataron de sustituir la voluntad de los justos a la de las mayorías, y la soberanía de la virtud a la del pueblo, en la teoría de los gobiernos. De principios semejantes partía ya el sensato retórico latino tratando de determinar la norma del lenguaje; pero sin reñir, en apariencia, con la doctrina generalmente recibida, que admite como suprema ley la del uso. Quintiliano, en puridad de verdad concede a la erudición preeminencia sobre el uso, pero no en són de doctrina nueva, sino a

¹ Ridiculum paene fuerit malle sermonem quo locuti sunt quam quo loquantur. Sed necessarium est iudicium... In loquendo, non siquid vitiosi multis insederit pro regula sermonis accipiendum... consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut, vivendi, consensum bonorum. I 6 [43-45].

guisa de quien interpreta y desenvuelve una fórmula sancionada, indiscutible.

CERVANTES, que en medio de su desembarazada naturalidad, y a vueltas de no infrecuentes descuidos, cultivaba la lengua nativa con tanto esmero y cariño; Cervantes, que no desperdiciaba ocasión de sembrar doctrina y filosofía en sus escritos, sólo en apariencia festivos y ligeros, mal podía suceder que más de una vez no hubiese meditado sobre la jurisprudencia del lenguaje, y que aquí o acullá no hubiese declarado sus opiniones sobre el particular. Consignólas, en efecto, en la segunda parte del *Quijote*, poniendo, según acostumbraba, sus propios sentimientos en boca de los personajes que introduce. ¿Quién de vosotros no recuerda la severidad y dureza con que el héroe manchego corregía el hablar revesado de Sancho, motejándole de «prevaricador del buen lenguaje»? Y de aquí el diálogo interesante que se entabló entre el amo y escudero y el Licenciado, el cual interlocutor, a vueltas de otras razones, en que el autor del libro descubre su pensamiento, proclamó que «el lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majada Honda; — *discretos*; porque hay muchos que no lo son, y *la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con él uso*»^{2*} Con la «discreción», o como diríamos hoy, con los dictados de un criterio sano³, limita Cervantes, por lo visto, la autoridad del uso, con la condición además, de que sea uso cortesano, aun cuando

² Capítulo XIX.

³ Cervantes por boca de Sancho distingue «discreción» de «ingenio» (II 67).

no lo fueren los que le siguen. Con saludables consejos previno el mismísimo don Quijote a Sancho, para el buen desempeño de la gobernación de la ínsula, y fue uno de ellos que hablase con decoro, por lo cual le amonesta que en vez de ciertos vocablos soeces se valga de otros no comunes, de institución latina. «Y cuando algunos», advierte, «no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer *la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso*»*. Claro paréceme aquí, que por vulgo entendía Cervantes lo que hoy de ordinario llamamos *uso*, y por *uso* una cosa harto distinta, y aun contraria al uso propiamente dicho, esto es, la facultad que ha de reconocerse a los hablistas y escritores, de dar entrada franca a vocablos nuevos, con la forma y significación que según las leyes de formación de cada lengua, y las generales del pensamiento humano, hayan justamente de corresponderles⁴. Pídalos la necesidad de los tiempos,

*[*Quijote*, II, 431].

⁴ En el siguiente pasaje de la comedia *El Rufián dichoso* (II 1) entiende Cervantes por *uso*, el uso nuevo que deroga el antiguo, ya perfeccionando las artes, ora no sujetándose al arte. Habla la Comedia, respondiendo a la Curiosidad:

Los tiempos mudan las cosas
y *perficionan las artes*;
y añadir a lo inventado
no es dificultad notable.
Buena fui pasados tiempos;
y en éstos, si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves

cumplan con esas precisas condiciones, y Cervantes, por boca de don Quijote, se anticipa a aprobarlos liberalmente, sin que importe que al principio no se entiendan por todo el mundo, que el tiempo se encargará de extenderlos y vulgarizados.

FÉNELON, en la carta que dirigió a la Academia Francesa, después de asentar la soberanía del uso, la restringe en lo tocante a la lengua francesa, cual se hablaba en el dorado siglo de Luis XIV: «Los franceses, por punto general, aprenden su lengua por uso; pero *el uso adolece de defectos en todas partes*. Cada provincia tiene los suyos. París no está libre de ellos... Aun las personas más cultas no aciertan a corregirse de ciertos resabios de elocución que en la infancia contrajeron en Gascuña, en Normandía, en París mismo, por el roce con domésticos...» Añade que griegos romanos no se contentaban con aprender el habla nativa con y arreglo sólo al uso, sino que, ya adultos, perfeccionaban aquellos conocimientos prácticos estudiando las reglas gramaticales, las etimologías, las acepciones metafóricas, el genio, en fin, y la estructura de la lengua. Ni vacila en recomendar a los escritores de nota que compongan nuevas voces, eufónicas, e introduzcan expresiones, ya

que me dieron, y dejaron
en sus obras admirables,
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos
y he también guardado parte,
porque lo quiere así el *uso*
que no se sujeta al arte.

simples, ya figuradas, a fin de enriquecer y hermosear el idioma.

LITTRÉ (el ilustre lexicógrafo cuya reciente pérdida lamentan las letras, el «honrado pagano» Cuyo renacimiento celebra la Iglesia), al entrar e internarse en el estudio de la historia de la lengua francesa, a que dedicó muchos años de su larga vida, no era posible que no sintiese la necesidad de resolver esta cuestión preliminar. Su doctrina a este respecto está consignada en el prefacio de su gran Diccionario. Allí establece que el uso contemporáneo es el principal objeto que ha de tener en mira quien se proponga formar el inventario general de las voces que componen una lengua viva. Pero confiesa en seguida, que el uso contemporáneo no lleva en sí mismo los títulos que le abonan, y que ni podremos explicarlo razonablemente, ni discriminar en él lo bueno de lo malo, si no recurrimos a un uso anterior, si no nos remontamos a los orígenes. «Una lengua viva, que pertenece a un gran pueblo y corresponde a un notable grado de desenvolvimiento social»*, presenta, según Littré, tres términos que deben estudiarse: «1º *el uso contemporáneo*, propio de cada período sucesivo; 2º, *un arcaísmo* que en alguna época fue uso contemporáneo, y que ofrece la explicación y da como la clave de lo que apareció en seguida; 3º, en fin, un *neologismo*, que mal conducido altera, y bien conducido desenvuelve la lengua, el cual, corriendo el tiempo, llegará a ser arcaísmo él propio, y se consultará

* [*Dictionnaire de la langue française*, préface: t. I, Paris, Librairie Hachette, 1877 III, IV]

como historia y fase del idioma». Reconoce Littré la autoridad del uso; pero advierte que no ha de entenderse por uso el de determinado período o localidad; sino *el uso completo*, porque es éste el que lleva en sí mismo la razón que le explica y justifica. Pero el uso completo no es uso propiamente dicho, es la lengua misma, en el desarrollo histórico que ha seguido como cuerpo orgánico, desde sus orígenes conocidos hasta el punto en que la encontramos como lengua viva.

D. ANDRES BELLO define la Gramática de una lengua «el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada»*. Sin violentar el pensamiento del autor, deduzco de aquí que hay un género de educación que purifica y acredita el uso. Guían a éste, además, según el mismo filólogo**, ciertos «procederes intelectuales»; que se condensan y abrevian en los principios y fórmulas que constituyen la filosofía de la Gramática. Y en materias ortológicas admite y sustenta esta regla promulgada ya por la Real Academia Española, a saber: que cuando el uso, o por ser vacilante, o porque empieza a perderse, no puede servirnos de guía para fijar la recta elocución y prosodia, hemos de referirnos y atenernos al origen; a las prácticas heredadas de la materna lengua latina.

Uno de vosotros⁵, introduciéndonos al estudio de las modificaciones dialécticas que ha experimentado el cas-

* [*Gramática*, I].

** [Ibid., prologo].

⁵ CUERVO, *Apuntaciones críticas*, Prólogo.

tellano en estas regiones, es, que yo sepa, quien ha establecido en este negocio literario distinciones más precisas y atrevidas. Reconoce el autor de las *Apuntaciones críticas* la autoridad de Gramáticas y Diccionarios fieles a su instituto, en cuanto representan el uso, que «de tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje». Pero no sigue como única guía la del uso: son dos los fundamentos en que apoya sus decisiones, a saber: el uso, y la lingüística o ciencia del lenguaje, «base verdadera de la gramática general y criterio segurísimo, superior en cierto sentido a la autoridad y su limitador, aunque también se le subordina en ocasiones»; si bien, por punto general, «se dan la mano y mutuamente se sustentan». ¡Considerad cuánto se menoscaba la ley de la costumbre, cuando a su lado se coloca, y aun a veces por cima de ella se levanta el principio de la ciencia! Ya no es el lenguaje árbitro y juez, sino un poder equilibrado por otro poder; la monarquía absoluta, de tiempo atrás reconocida por todos, se convierte en gobierno templado y mixto. Y el uso mismo padece recortes: «necesario es distinguir entre el uso propiamente dicho, que hace ley, y el abuso, que debe extirparse. Son notas del primero el ser respetable, general y actual... En materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas; pero también es cierto que a la esfera de las últimas puede trascender algo del primero en circunstancias y lugares especiales». El sabio Hartzenbusch llamó «atinados» estos principios; «juiciosa, oportunísima, sólidamente fundada» la doctrina de nuestro compatriota.

III

EXAMEN DE UN PASAJE DE HORACIO.
RAPIDA EXPOSICIÓN DE DOCTRINAS HORACIANAS.

¡Cosa rara! señores. Cuando humanistas y filólogos se esfuerzan por explicar cuál sea la norma del lenguaje principiando por acatar la autoridad del uso como «árbitro, juez y norma», en hecho acatan la autoridad de un preceptista antiguo; todos ellos giran como fascinados, ya lo habéis visto, en torno del conocido pasaje de Horacio en el Arte Poética⁶:

—Si volet usus
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Parece este texto célebre argumento de la mayor excepción, pues si un insigne legislador del Parnaso, un maestro en quien dignamente se personifica la aristocracia literaria, proclama sin rebozo ni restricciones el principio democrático de la soberanía del uso, ¿quién será osado a combatirlo? Tomada aisladamente esta sentencia, la forma en que está concebida aparece absoluta y decisiva. Mas ¿se ha estudiado por ventura el sentido que tiene en latín la palabra *usus*, y especialmente el que solía darle Horacio? ¿Se ha confrontado la precitada sentencia con otros lugares paralelos del mismo poeta, para fijar la mente del preceptista, como

⁶ Versos 71, 72

lo exigen las más triviales reglas de crítica literaria? Me atrevó a asegurar que errará quien presume exponer la doctrina de Horacio apoyándose en el sentido literal de ese verso destacado y escueto.

Competían en Roma en tiempo de Augusto dos escuelas literarias. Idolatraban los unos a los viejos poetas nacionales, reputando sus obras por dechados de perfección, y condenaban en punto de estilo y de lenguaje toda clase de innovaciones. Los otros juzgaban que la lengua latina, ruda en Ennio, algo más adelantada en Lucilio, y mucho más en Lucrecio y Catulo, flexible y aún no perfecta, era susceptible de nueva hermosura y lustre que artifices entendidos supiesen comunicarle.

Creían los corifeos de esta escuela, que el mejor medio de impulsar la lengua nativa, sin alterar su índole propia, consistía en seguir beneficiando la lengua griega, nobilísima hermana de la latina, a quien los Romanos, a falta de lengua madre conocida, miraban con filial respeto. No entraba en la mente de aquellos eruditos que originalidad e imitación fuesen términos antitéticos, antes sí los consideraban correlativos, y aplaudían y recomendaban la imitación que traía consigo, de buena fuente, y con formas ni bárbaras ni disonantes, nuevos géneros de composición, nuevos metros, vocablos nuevos. Horacio, cabeza de este partido progresista, pero no anárquico, se gloriaba de haber introducido en Roma la poesía lírica al estilo de los Griegos⁷. Propercio, el más grecizante, y con todo eso, no el menos original, en todo sentido, entre los poetas

⁷ Carm. III 30; IV 4; I Epist. XIX 21, etc.

elegíacos, se envanecía igualmente de haber popularizado en Italia esta otra manera de poesía⁸; Virgilio, antes de escribir la Eneida, anunciaba que si la fortuna le daba vida, subiría a la cumbre del Aonio para traer de allí por vez primera, la musa épica a su patria⁹. Tan distantes estaban de acomodarse al genio nativo de la poesía popular latina, que apartándose de las huellas de Nevio y Livio Andrónico, y desechando el metro propio de Italia, antiguo como los Faunos de sus bosques, escribieron todos ellos en metros helénicos. En la mente de Horacio el indígena ritmo saturnino, antes que con las glorias de los Scipiones en cuyos sepulcros campeaba, o con los anales de los pontífices y los mármoles sacros del Capitolio, asociábase con el recuerdo de la férula de Orbilio el pedagogo¹⁰; y Virgilio describía en clásicos y atildados exámetros los paisajes de Mantua y la rústica vida de aquellos naturales, paisanos suyos, mientras que esos mismos campesinos, como observa Macaulay¹¹, ajenos del todo a poesía tan elevada, solazábase entonando viejos cantares saturninos, que la posteridad no se dignó recoger.

En suma, cada uno de aquellos poetas declaraba que él había sido el primero a introducir en su patria el respectivo género de composiciones métricas; y como primeros descubridores alzábanse con la gloria de la

⁸ III El. I 3, 4.

⁹ Geo. III 10, 11.

¹⁰ II Epsit. I 70.

¹¹ *Lays of ancient Rome*, Preface. Cita a Servio, ad Geo. II 385 Sobre la popularidad del metro saturnino v. la Métrica de Christ.

invención, que ellos identificaban con la aureola de la originalidad.

Era Horacio amantísimo de los libros viejos; dedicarse sabrosamente a su leyenda, lejos del ruido de la corte, en apacible quinta, era su sueño dorado¹²; pero al mismo tiempo que a los antiguos escritores de su patria tributaba el elogio merecido, hacía gala de haber abierto rumbos nuevos en literatura, apodaba de *servil rebaño* a aquellos *imitadores*, que negaban a los autores contemporáneos el derecho de apartarse un punto del rastro que dejaron sus predecesores nacionales¹³. Estimaba el numen como condición primera para aspirar al título de poeta, y redondamente negaba este dictado glorioso a quien no supiese otra cosa que labrar y acabar bien sus versos¹⁴. En frases tan duras como las que usó contra los secuaces ciegos de formas autorizadas, increpaba a aquellos innovadores, que fiados sólo en una pretensa inspiración, despreciaban el estudio incesante de los modelos, y el lento y agradecido trabajo de la lima¹⁵. Tal es, en resumen, fielmente extractada de sus obras la doctrina literaria de Horacio, el cual hermanaba la originalidad con la imitación discreta, la tradición con las reformas convenientes, la inspiración con el arte.

Con arreglo a estos principios recomendaba Horacio, en achaque de lenguaje, que se desenterrasen algu-

¹² II Sat. VI 60-62.

¹³ Epist. XIX 1. 1.

¹⁴ I Sat. IV 39-44

¹⁵ A. P. 295 sqq.

nas voces antiguas injustamente arrinconadas¹⁶, que a las vulgares se diese novedad y lustre por medio de atinadas combinaciones¹⁸, y en fin, que en caso necesario se introdujesen vocablos nuevos, con la debida parsimonia, derivándolos del griego y acomodándolos a la eufonía latina¹⁸.

Virgilio practicaba este sistema, al par arcaico y neológico; tradicional no menos que progresivo: sacaba a relucir en su Eneida joyas que andaban como perdidas en las obras de Ennio, de Pacuvio y otros poetas rancios; en las Geórgicas, habiendo de tratar asuntos pedestres y rústicos¹⁹, ennoblecía voces plebeyas, engastándolas en ingeniosas frases y en versos peregrinos; y en materia de voces nuevas, desechando las que otros novadores habían pergeñado, cacofónicas, desgarbadas y contrarias a la índole latina, formábalas tan primorosas y elegantes, que luego luego se acreditaron, y formaron parte integrante del dialecto poético. Y es de notar que en el más acabado de sus poemas, en aquel que a su muerte no quiso condenar a las llamas, y que los siglos han admirado como un modelo incomparable de poesía, es donde más innovador se ostenta, pues según el recuento curioso que ha hecho el erudito comentarista alemán Ladewig, en las Bucólicas aparece una voz nueva, inventada por el poeta, cada 46 o 47 versos, en

¹⁶ 11 Epist. II 115-118.

¹⁷ A. P. 47.

¹⁸ Epist. cit. 119, A. P. 50 sqq.

¹⁹ Geo. III 289-293.

la Eneida cada 43 o 44, y en las Geórgicas cada 27 o 28²⁰.

Provocaban estas libertades la crítica de una escuela melindrosa, y contra el osado poeta enderezaban censuras aquellos mismos que vivían aferrados a lo existente — al uso. Y defendiendo Horacio, en el Arte Poética, a sus amigos Virgilio y Vario, y en ellos el sistema de elocución que él mismo en otros lugares de sus obras había recomendado, pregunta en són de extrañeza y de reconvención; por qué motivo había de negarse a aquellos poetas contemporáneos la facultad de modificar el lenguaje enriqueciéndolo, de que otros poetas más antiguos usaron, sin que nadie por tal causa se hubiese atrevido a reprenderlos. Si Horacio concediese al uso, en el sentido en que comúnmente se entiende está palabra, la soberanía que parece atribuirle, los Aristarcos nacionalistas de aquel tiempo podrían haber contestado al autor del Arte Poética, qué las voces o frases introducidas o resucitadas por Virgilio y Vario, merecían ser tildadas y excluidas, porque actualmente no estaban en uso.

Observa el mismo Horacio que no sólo han de caer muchas voces en olvido, si lo quiere el uso, sino que otras ya obsoletas renacerán, también si lo quiere el uso. ¿Y quién es poderoso a restaurar voces olvidadas? No por cierto el vulgo, conocido depositario del uso, sino los escritores que dirigen o reforman el uso. Concede, por tanto, Horacio al uso la facultad de recibir y

²⁰ LADEWIG, Kommentar zu Vergil, 1871.

sancionar las voces, no la de inventarlas, que es privilegio de eminentes poetas e insignes prosadores.

Es más clara todavía esta discriminación en otro pasaje, a que enantes aludí, del gran didáctico romano. Porque escribiendo a Julio Floro, enseña que quien haya de componer un verdadero poema, limpiará el polvo a algunas voces arrumbadas y pondrá en giro otras nuevas, que el uso se encargará de popularizar:

Addiscet nova quae genitor produxerit usus*.

Los escritores proponen; él uso sanciona lo que merezca vivir²¹. Con una metáfora confirma el poeta esta distinción. Las palabras son como las monedas: los gobiernos acuñan los metales con sello regio o nacional; el público recibe la moneda y la gasta en la circulación.

También compara Horacio el lenguaje con la renovación de las hojas de los árboles; poética variante de un símil homérico, que bien examinada, no favorece a la soberanía del uso. Porque las hojas (en que están ahí figuradas las palabras) se mudan y renuevan; pero hojas nuevas y nuevos frutos, repiten la misma figura y condiciones de las hojas y frutos que caducaron: adhiriéndose al mismo tronco, alimentándose de la misma savia vital, conformarse con el tipo determinado por los caracteres orgánicos de la planta. Así el lenguaje que está en uso es una renovación del lenguaje ya desgastado; brota de la misma raíz que éste; aní-

* [II Epist. 11, 119].

²¹ Habla aquí Horacio del *uso* en el mismo sentido que después dió, Cervantes a este término en un lugar antes citado.

male el mismo espíritu viviente que a éste animaba, como él, obedece a las leyes históricas de la lengua. El lenguaje se subordina a la lengua, y ésta a su tipo específico.

Un orador elocuente²² ha creído descubrir en el rasgo final del pasaje horaciano que ha dado materia a estas observaciones, un desahogo de espíritu democrático, no impropio en un poeta áulico que cortejaba a una especie de «cesarismo plebeyo». Republicano a órdenes de Bruto, derrotado en Filipos, partidario después de Augusto, podría decirse que Horacio, acabando por hacer lo que de ordinario hacen gustosas las democracias temprano o tarde, aceptó un amo.

Pero si en vez de explicar la conducta de nuestro poeta ensayando conjeturas fundadas en una teoría filosófica preconcebida, le juzgamos en lo tocante a opiniones literarias, según la letra y el espíritu de las obras que nos legó él mismo, hemos de confesar que Horacio en tales materias era eminentemente aristocrático —lo que hoy llamaríamos académico.

Criado en la gran Roma, educado en la clásica Atenas, iniciado en los misterios de la filosofía griega, y dueño de los secretos de una literatura extranjera cuasi divina²³, acostumbróse Horacio a mirar el ideal de lo verdadero y de lo bello, como puesto y levantado muy por encima de las opiniones vulgares y de los gustos frívolos de veleidosa plebe. Pudo la pobreza, aleján-

²² D. ANTONIO RÍOS Y ROSAS, [*Del principio de autoridad en el orden literario*, en] *Memorias de la Real Academia Española*, III 142.

²³ II Epist. II 41 sqq.

dole de objetos extraños a sus disposiciones naturales, impulsar su genio estimulándole a escribir versos²⁴. Pero la necesidad no fue para él sino una causa ocasional que despertó su vocación. Él mismo blasona y se enorgullece de no tener el corazón contaminado de sórdida avaricia, gracias a la educación liberal que le proporcionó su buen padre²⁵. Nada había que juzgase Horacio ser tan nocivo al genio poético y a la perfección artística como el espíritu calculador y utilitario; y al afán de lucro que devoraba a la juventud atribuía la inminente ruina de la grandeza romana²⁶. Las relaciones de Horacio, lo mismo que de Virgilio, con Augusto, eran un género de amistad que enlazaba fortunas bien diversas, y de la cual no se hallará otro ejemplo en la historia de la literatura²⁷. Tratábanse el poeta y el emperador de soberano a soberano, dándose mutuas muestras de estimación y de respeto, no incompatibles con el tono amable de familiaridad urbana que reina en las epístolas dirigidas por el príncipe de la lira al señor del orbe.

Como poeta lírico, y sacerdote de las Musas, anunciaba que sus cantos estaban destinados a las Vírgenes y a los niños, y mandaba retirarse al vulgo profano:

Odi profanum vulgus et arceo²⁸.

²⁴ *Ibid.* 50 sqq.

²⁵ I Sat. VI 55 sqq.

²⁶ A. P., 323 sqq.

²⁷ PAT.0IN, *Etudes sur la poésie latine*, lecc. XII.

²⁸ III Carm., I [1].

Como poeta filosófico profesaba que, a ejemplo de la mímica Arbúscula, debía desdeñarse el voto de la multitud ignorante²⁹, y declarábase contento y satisfecho con la aprobación de un selecto y reducidísimo grupo de inteligentes amigos; compuesto de eminentes cultivadores de la poesía, con otros que generosamente la protegían, tal vez cultivándola al mismo tiempo. Así los nombres de Virgilio y Vario y Plocio, con los de los Mecenas, Polión y los Mesalas, aparecen en una misma línea, en aquella lista de *pauci optimates**.

Los que interpretan el consabido pasaje del Arte Poética con largo alcance y en un sentido absoluto y crudamente democrático, no sé yo de qué trazas se valdrán para conciliarlo con la clara, terminante y cordialísima declaración contenida en aquella frase memorable, que adoptarán, si no me engaño, cuantos aman el arte por el arte: *Contentus paucis lectoribus***.

No negaré yo que en el ya tantas veces citado lugar del Arte Poética, cuando compara Horacio graciosamente las voces de una lengua viva con las hojas de los árboles, concede al parecer grandísima preponderancia a la ley de las mudanzas. Es más: como que ya presentía el invierno que en breve despojaría a la lengua latina de sus galas. No son extraños en Horacio aquel juicio extremado y este melancólico augurio, tratándose de una lengua que en pocos años se había realmente transformado, y desenvolviéndose, llegado a

²⁹ II Sat. X 74 sqq.

* [I Sat. X, 81-90].

** [Ibid., 74]

un alto grado de perfección. Él literalmente, y como entre las manos, la había visto crecer.

Por otra parte, los estudios etimológicos de aquel tiempo estaban en mantillas, y la antigua filología grecoromana era a la moderna ciencia del lenguaje, lo mismo que los sueños astrológicos de otros siglos a la astronomía de los nuestros. Las lenguas que marchan sin orígenes conocidos, sin la luz con que lo pasado alumbra el camino de lo porvenir, son a manera de hombres nuevos, que no tienen la guía y el freno de las tradiciones de familia: lánzase con facilidad por sendas peligrosas, que acaso llevan a trances de muerte. Horacio colocó el lenguaje en el número de las invenciones humanas, juzgándole por lo mismo perecedero. *Mortalia facta peribunt**. Desconocía que el lenguaje no es invención de los hombres, sino tradición inmemorial. Sus formas se renuevan sobre unos mismos elementos radicales; y las modificaciones que experimenta, que jamás son una creación, indican a veces progreso, y otras decadencia, sin que ésta ni aquél sean indefinidos ni forzosos. La moderna ciencia del lenguaje, estudiando las fuentes y las leyes orgánicas del lenguaje, dispone de medios eficaces para conocer el estado de fuerza o de descomposición en que se halla una lengua, y pronosticar, hasta cierto punto, sus ulteriores destinos. Los antiguos, que tenían ideas tan confusas e imperfectas sobre la constitución del lenguaje, ignorando muchas veces los orígenes inmediatos de las lenguas, y las relaciones de unas con otras, no esta-

* [A. P., 68].

ban en capacidad de adivinar el porvenir de un idioma dado, y fácil era que temiesen su deterioro y próxima ruina, sin que se les ocurriese medio alguno de conjurar el estrago.

Pero cosa notable, señores: Horacio, que ponderaba la fragilidad del lenguaje, mirando sus gracias y elegancias, recibidas del uso, como flores de un día, comparadas con la duración probable de un puente nuevo, de un muelle, de cualquiera de las obras regias, pero al cabo mortales, que realizaba en su tiempo el genio activo y emprendedor de los romanos³⁰; Horacio mismo anunciaba que con sus versos se había erigido un monumento más sólido y vividor que las pirámides de Egipto, con ser éstas la muestra más estupenda de fuerzas humanas, el símbolo más grandioso de eternidad que jamás vieron los siglos³¹. Conciliaremos estos dos al parecer contrarios juicios, reconociendo que el poeta distinguía entre el lenguaje usual y perecedero, idioma del vulgo, y el literario y sobreviviente, idioma de las Musas; y así aunque advierte que el uso es árbitro, juez y norma del lenguaje, refiérese al lenguaje sencillamente (*loquendi*), más que al *bien* decir, y pone en la sabiduría el «principio» y «fuente» del lenguaje literario, o sea del escribir *bien* (*scribendi recte*), asentando así como base de la literatura el mismo fundamento que Cicerón señala a la oratoria³².

³⁰ A. P. 1. cit.

³¹ III Carm., XXX [1-5].

³² «Scribendi *recte* supere est et principium et fons», dice Horacio, [A. P., 309]: y Ciceron [*Orator*, 21, 70]: «Sed est eloquentiae, sicut reliquarum rerum, fundamentum sapientia».

IV

FORMAS Y CARACTERES DEL USO. — VARIACIONES HISTÓRICAS DEL USO EN PERÍODOS ANTECLÁSICOS. — LAS LEYES DEL LENGUAJE Y LA ESPONTANEIDAD DEL USO, FACTORES DE CADA, IDIOMA.

Entiéndese por *uso* más comúnmente, la forma que toma una lengua y el curso que lleva en boca de las gentes que la hablan, entregada al instinto natural y a la imitación irreflexiva, y libre de la influencia directa de los libros.

El uso, así definido, toma el color social de cada una de las agrupaciones que se valen de un mismo idioma como de medio expedito de comunicación; y de ahí diferentes maneras de hablar, que se sobreponen unas a otras, compenetrándose a veces las que se tocan, en larga escala, desde el lenguaje rahez y tabernario, hasta el más elevado y ceremonioso. Igualmente castizas pueden ser dos voces sinónimas, por razón de antigüedad y del uso nacional que las sanciona, o más castiza una que otra, y ésta con todo, bien recibida, y malsonante aquélla en determinada jerarquía, a virtud de diferencias que, entre tales y cuales modos de hablar, tácita y convencionalmente quedaron establecidas.

Por otro lado, una persona versada en todos los tonos y delicadezas del lenguaje cortesano y de los salones, incide fácilmente a pesar de eso, en incorrecciones gramaticales; y la balanza de la crítica literaria, que no siempre sigue las oscilaciones del uso, se inclina alter-

nativamente, ya en favor de la frase popular, ya de aquella que prefieren gentes de educación esmerada.

Resulta de aquí que la crítica deslinda el lenguaje familiar, cotidiano, el que empleamos para darnos a entender, del lenguaje escrito, literario, que vive y se transmite con elocuencia muda, en los libros. Campea el primero a merced del uso propiamente dicho; vive el segundo en otro ambiente, desenvuélvese bajo otros impulsos; y si bien, por las relaciones que ligan a éste con el uso, suélese llamar a las leyes que le rigen «uso *literario*»; tal especificativo añadido a la indicación de género próximo, revela una diferencia profunda, así como negamos que un hombre sea un animal, por el mismo hecho de definir al hombre; «animal *racional*». El lenguaje literario, o como si dijéramos de las *letras*, a diferencia del oral, obedece a principios ortográficos, distintos de la fonética, aunque con ella se conexionan: a artificios retóricos, o sea a la imitación bien entendida de modelos escritos, diferente del ejercicio de la voz mediante la audición de otros sonidos vocales. Entre el lenguaje usual y el literario se levanta la oratoria, que de uno y otro participa, que con la voz inflama y persuade, pero para sobrevivir se acoge a la escritura. Y así como hablar según el uso, no es la misma cosa que escribir literariamente, ni conversación lo propio que literatura, entender lo que se escucha no vale comprender lo que se lee, y la concurrencia de leyentes, aunque menos densa, tiene un radio infinitamente más extenso que la de oyentes de toda especie. Los dramas de Calderón y de Shakespeare, desde el punto en que se imprimieron, se dedicaron aun a gentes que nunca habían

de pisar teatros españoles ni ingleses; las obras de los clásicos de la antigüedad fueron copiadas por los humildes monjes de la Edad Media, no sólo para otras naciones, sino para otros mundos, para este nuestro, que yacía ignorado en la inmensidad del Océano! La obra literaria se transmite a través de las edades, como la luz de los astros por el éter, en viajes seculares, a inconmensurables distancias.

Y esa luz Maravillosa que llamamos literatura, con su foco inextinguible y su irradiación inmensa; el lenguaje literario, en los diversos departamentos que abraza, cuales son el estilo histórico, el poético, el filosófico, no es aquel uso propiamente dicho, a quien podemos señalar tres caracteres distintivos: lo primero, que las cosas se digan espontáneamente y sin reflexión, o sea la *naturalidad*; lo segundo, que lo que decimos sea entendido al instante por la persona que nos oye, o sea la *claridad*; y en fin, que nuestras palabras se acomoden a las costumbres y circunstancias sociales de aquellos a quienes nos dirigimos, o sea la *biensonancia*. El uso es la lengua hablada; se hermana con la discreción; excluye el estudio y el arte; no aspira a lucir en pública escena, ni menos corteja a la gloria.

Tiene el uso, en esta acepción amplia, prerrogativas que sería ridiculez o temeridad negarle, y que todos debemos reconocer.

Ante todo, y en lo tocante a los elementos materiales que el uso no crea, pero sí recibe y propaga, sabido es que nadie tuvo jamás potestad para formar ni una sola voz nueva sino sobre aquellas que están en uso, o bien restaurando o combinando otras que alguna vez

lo estuvieron, sea en la propia lengua o en una lengua extranjera. Del uso, o reciente o antiguo, reciben siempre la materia prima los artifices de la lengua. En segundo lugar, ciertos hechos sancionados por el uso general, llámense malamente caprichos, o séanlo en efecto, constituyen leyes en largo período irrevocables, que no pueden faltar sino a condición de que la lengua empiece a transformarse. Así que los gramáticos no podrán, aunque quieran, completar sistemas deficientes de declinación o conjugación, ni regularizar las flexiones anómalas de nombres y verbos. Por el contrario, en el habla de los niños cuidamos de corregir, como si fuesen crímenes de lesa lengua, las formas regulares que ensayan siguiendo las analogías generales del idioma, como cuando dicen *yo cabo, yo vení*. Por último, el uso, la viva voz, el hábito de hablar consultando sólo el oído, comunica al lenguaje aquel sabor naturalísimo que tanto distingue al que aprendió la lengua por libros y con maestros, de quien la mamó en la leche, y le dio parte en sus juegos infantiles, y la tuvo después por compañera en meditaciones solitarias, por intérprete de íntimos afectos.

Yo no cesaré de admirar la prosa latina del Bembo o de Mureto, y las poesías de Poliziano, de Sannazaro o del jesuíta Rapino, que hay allí ingenio y gracia, o elegancia y delicadeza; pero ¿quién sabe, dicen muchos, sin que haya modo de decidir el punto, si Cicerón o Virgilio en esa prosa y en aquellos versos del Renacimiento, no habrían percibido algún dejo extraño, adorno postizo, y no infrecuentes disonancias? ¿Quién sabe si Quintiliano mismo no se habría sonreído repitiendo aquello de *curiose loqui potius quam*

*latine?**. Las poesías francesas del español Maury y las castellanas del alemán Fastenrath, demuestran que es cosa posible, pero al mismo tiempo tan rara, que sólo se concede a privilegiados ingenios en circunstancias excepcionales, el aprendizaje literario de una lengua extranjera hasta el punto de escribirla con a pureza intachable y con cabal propiedad.

Y precisamente, esta condición de la *propiedad* convencional y temple de las palabras, que han de medirse en cada ocasión, y a cada estilo han de proporcionarse, tan de cerca y como a única fuente se refiere al voluntarioso querer del uso, que éste, según parece, se entra por los términos del lenguaje literario, que no son los suyos propios, y allí procede a dar el tono a cada dialecto, distinguiendo mayormente el poético de los demás. ¿Por qué motivo es *pelo* voz familiar y *cabello* voz noble? ¿Qué razón milita para que *oreja*, término intachable en el siglo XVI³³, no haya de emplearse hoy en poesía seria sin lastimar el *oído* de los leyentes? Caprichos todo y veleidades del uso, es cuanto podemos responder para dar razón de hechos que no la tienen

*[VIII, I, 2]

³³ Más precia el ruseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agraciar lisonjero las *orejas*
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Así el autor de la admirable *Epístola moral*. Y Fray Luis de León y Ercilla no decían de otro modo.

conocida. De aquí el que Martínez de la Rosa, en su *Arte Poética*, al traducir al pie de la letra la consabida sentencia horaciana, circunscriba a este particular departamento la autoridad del uso:

La expresión mis sencilla noble sea,
 Y aunque propia parezca en vuestras obras
 La voz plebeya que condena el uso,
 Proscrita de sus términos se vea.
 ¿Pues qué, el uso es el juez? Y árbitro y dueño
 Despótico, absoluto, de las lenguas,
 Y aunque del fallo la razón reclame
 Declara a una voz noble y a otra infame.

Concediendo al uso todo el poderío y los privilegios todos que de derecho se le deben, todavía no es él árbitro supremo, única norma del lenguaje.

Tomemos ejemplo y enseñanza, para ilustrar esta cuestión, del orden superior y genérico de las costumbres, dado que el uso, en lo concerniente al lenguaje, es una especie de costumbre o tal vez de moda. El orden de la moral y el orden legal, que se han definido como círculos concéntricos, ¿coinciden por ventura con las costumbres de todos los pueblos, con tal exactitud, que la licencia mormónica, por ejemplo, repetida hasta normalizarse se moralice de hecho, y merezca la protección de la ley? No se sabe ciertamente que ningún moralista o legislador haya mudado la naturaleza del corazón humano. Ni es potestativo de los que gobiernan la sociedad demoler lo existente, a guisa de revolucionarios, ni reformar el mundo con fórmulas ideales, y en virtud de brevísimas síntesis filosóficas, a manera

de ideólogos, desentendiéndose en un todo de aquello que el tiempo y el general consentimiento tienen sancionado. Mas no por extremo opuesto ha de mirar con indiferencia el moralista ni ha de aprobar el legislador indistintamente todo lo que se halle establecido. Cúmplele dirigir las costumbres, sin contradecirlas ni darles batalla, encaminándolas por modos indirectos y con lento rodeo a la mayor perfección posible, estimulando a la virtud con justas recompensas, conminando con eficaces penas al crimen, y calculando el grado de energía o suavidad de los medios coercitivos que emplea con relación al estado de barbarie o cultura de la sociedad. El arte de gobernar, y en términos generales, toda ciencia aplicada a la mejora de la sociedad o del individuo, la educación, en fin, es una suave violencia que la razón hace a la naturaleza.

Lo mismo sucede, y lógico es que así sea, en la república literaria, en la esfera del arte de hablar y de la crítica gramatical, aun cuando aquí la razón no se acompañe de la fuerza, ni las decisiones del buen gusto cuenten con otra sanción que con el aplauso y la censura que distribuye la opinión ilustrada. Gramáticos y escritores no rompen en lucha abierta con el uso, y aun se ven obligados a contemporizar con muchas de sus exigencias; mas todavía ejercen sobre él indisputable autoridad, lo dirigen, lo depuran, acaudalando y embelleciendo la lengua*.

* [En este lugar y en la edición de este discurso publicada en *El Repertorio Colombiano* (agosto de 1881), tomo VII, págs. 109-110, se leen tres párrafos que no aparecen en la edición en folleto que se

Contemplado en sus elementos radicales, en los sonidos primarios que sirven de base al habla humana, el uso de una época dada, como advierte Littré, no se

hizo ese mismo año en la Imprenta de Echeverría Hermanos. Los reproducimos a continuación, pues constituyen una notable variante entre las dos ediciones].

«Herbert Spencer, contradiciendo no sin risa burlona, a los elogios que otro célebre escritor inglés, Mr. Arnold, tributó a la institución latina de Academias de la lengua, pregunta cómo se explica que la Academia Francesa no haya sistematizado los géneros de los nombres. ¿Cómo, que no haya desterrado y proscrito de la lengua la doble negación? Los franceses usan a cada paso la locución *qu'est-ce que c'est*, y aun *qu'est-ce que c'est que celà*. ¿Y cómo sucede, añade Spencer, que esta construcción francesa, que contiene cinco palabras inútiles, y aun seis (contando *celà* por dos) no haya sido excluida de la lengua por la crítica *purificante* de la Academia Francesa? Ved ahí, señores, con que desenfado, más que británico, presume este escritor ingenioso y brillante zarandear a la respetable institución de Richelieu, que sirvió de modelo a la Real Academia Española, madre a su vez, venerada y querida, de esta Academia nuestra Colombiana.

«Y nace todo ello, a decir verdad, de las ignorancias de los sabios, de que SOCIÓLOGOS hay (y perdonadme el barbarismo) que no se han detenido a estudiar las fuerzas combinadas que impulsan, conducen y mejoran el lenguaje, primero y necesario elemento de *sociabilidad*¹.

«Mr. Arnold, por su parte, ha reconocido que la Academia Francesa “trabaja eficazmente por dar reglas seguras a la lengua, por dotarla de mayor precisión y lucidez, y acomodarla más y más a la exposición de toda clase de cuestiones de arte y de ciencia”. M. Renan, aun antes le ser académico, decía”. “Preguntan qué es lo que ha hecho la Academia Francesa. ¡Poca cosa! Ha hecho la lengua francesa”. Quitando a estas afirmaciones su forma hiperbólica, encierran una verdad: que la Academia Francesa, representación permanente de la Francia literaria, asamblea verdaderamente nacional de preclaros ingenios, ha contribuido no poco a pulir y disciplinar una lengua que, merced en parte a sus esfuerzos y a pesar de las tachas que la afean como lengua cuasi sordo-muda entre las romances,

explica por sí mismo. El uso contemporáneo se apoya en un uso anterior, éste en otro, más antiguo, y así sucesivamente, hasta que entramos en nebulosas e incógnitas regiones. Hasta donde alcanza a ver, mirando hacia atrás, la lingüística, los nombres debieron de ser en su principio demostrativos algunos, y los demás, todos, atributivos; es decir, que las palabras fundamentales que han rodado hasta nosotros, a mudo de piedras arrastradas de cauce en cauce por inexhausto río, desde aquellas fuentes remotísimas, sirvieron en su mayor parte para significar las cualidades de los objetos. ¿Qué razón tuvieron los hombres de antaño cuando pusieron nombre a una cosa, para fijarse en tal propiedad, y no en tal otra? ¿En qué grado fueron razonables, o hasta dónde arbitrarias las categorías en que desde un principio se clasificaron los seres visibles? ¿Y qué causa hubo, en lo fonético, para aplicar tal sonido, simple o articulado, a expresar determinada idea y no, otra cualquiera? ¿Hasta qué punto fue conveniente y atinada la elección que se hizo de conceptos primordiales, y la distribución de los sonidos vocales destinados a expresarlos? No lo sabemos: las razones que presidieron a la formación primitiva del lenguaje se ocultan en edades donde reina el silencio, y sólo Dios, autor de toda creación, posee la llave de este altísimo miste-

se ha generalizado a punto de convertirse en segunda lengua de los demás pueblos civilizados».

«¹ Ingenioso e interesante es el ensayo *literario* de Spencer sobre el estilo; pero lo que apunta acerca de la formación del lenguaje, en sus ensayos sobre el progreso, nada tiene de *científico*».

rio³⁴. Toda investigación histórica parte de un origen secundario: por manera que la razón en que se apoya el uso, cuando le explicamos con arreglo a otro uso anterior, es relativa; y así, caminando siempre en una región intermedia, incapaces de explicar el uso en sus orígenes, como creación; sólo hemos de estudiarle en sus desarrollos, como transformación.

Ahora pues: si aleccionados de esta suerte por la prudencia, consideramos el uso, no en los elementos permanentes que conserva, sino en las nuevas formas de que reviste al lenguaje, modificándolo, notamos, desde luego, que varía con el tiempo; y las causas de donde provienen estas variaciones, que no son el uso mismo, determinan por los mismos pasos, el valor propio de las prácticas noveles comparadas con las cesantes:

Si la literatura, como dijo una escritora ilustre, es la expresión de la sociedad, será bueno o malo un cambio en el lenguaje según que responda a un avance de civilización o a una avenida de barbarie; que no es progreso mudar de situación, ni siquiera caminar adelante, sino ir a lo mejor, marchar con buena orientación, y la experiencia histórica nos enseña que la civilización, aunque no retroceda literalmente, tampoco progresa por necesidad forzosa, y a las veces se paraliza, a las veces ciega y loca se extravía. Por lo que mira a los actos exteriores del pensamiento, y es el aspecto a que debo circunscribir mis observaciones, es

³⁴ La Sociedad de lingüística fundada recientemente en París, y que cuenta entre sus miembros a los más notables eruditos franceses, declara en sus estatutos que no admitirá comunicación alguna relativa al origen del lenguaje. MAX MÜLLER, *Stratification of language*.

bueno el uso contemporáneo cuando acrecienta la lengua sin alterarla, cuando se asimila lo ajeno sin pérdida de lo propio, cuando se ostenta abundante, armonioso, fecundo; y es malo, cuando arruina lo que es de casa, y roba, no adquiere, lo de fuera; cuando padece pobreza en medio de tesoros que no sabe aprovechar, y descoyunta la lengua en la servil imitación de tipos exóticos; cuando no acierta a renovar lo antiguo ni a eufonizar lo nuevo; cuando de un lado es *desuso*, por lo que olvida, y de otro *abuso*, por lo que altera; cuando en todos sus movimientos lleva inequívocos signos de decadencia.

En la historia del desarrollo sosegado y naturales progresos de una lengua nacional, distínguense tres grandes períodos: uno bárbaro o anteclásico; otro literario o clásico; y otro, en fin, crítico o postclásico. En una misma época, como en esta que alcanzamos, pueden contemplarse como coexistentes y disputándose el predominio de la lengua, estas tres formas de ella misma, en diferentes clases sociales: la continuación, o si se quiere, vida póstuma, del uso bárbaro, en la gente mísera y ruda que no pisa colegios ni abre libros; el esplendor literario, en los escritores que se forman, como en un taller, en el estudio de los mejores modelos; la exactitud crítica, en las escuelas de erudición y filología.

Ni necesito yo remontarme aquí a muy altas y apartadas ramas, en el árbol genealógico del humano lenguaje, ni pedir, como el zoólogo darwiniano, una luz remisa; fácilmente engañosa, a la oscura noche de los tiempos prehistóricos, para formar idea del modo y

términos como corre el uso entregado a sí mismo, y de las modificaciones profundas que experimenta bajo la dirección que le comunican los escritores clásicos; supuesto que la historia de los idiomas neolatinos, y del nuestro en particular, ostenta en cuadro completo la evolución del habla, desde el punto en que una lengua anterior empezó a transformarse en otra subsiguiente que asoma, se alza y crece, hasta que ésta, llegando a la plenitud de su fuerza y esplendor, afianza y dilata su imperio como lengua nacional y literaria.

No hay espectáculo más digno de estudiarse, ni recientemente, por dicha, más estudiado, que el del nacimiento y formación de las lenguas romances en los siglos medios, y de la estructura que presentan ya en los albores de la edad moderna. Empieza insensiblemente el latín a multiplicarse en dialectos, al modo que un organismo se descompone y transforma en nuevos organismos homogéneos. Tal proceso es obra natural, espontánea y casi exclusiva del uso, o en otros términos no es la literatura, no la filosofía, sino un vulgo ignorante e ignorado, el autor de fenómeno tan curioso. Mas la curiosidad que éste despierta se convierte en sorpresa, en lección provechosa, cuando examinando la ciencia transformaciones semejantes, descubre y reconoce que si no fueron científicas, sabias sí; cuando en los rumbos que seguía aquel vulgo que transformó el latín, se manifiestan aunque ocultas entonces, claras hoy a la luz que ella esparce, leyes seguras y constantes.

El italiano*, el castellano, el francés, todas las lenguas romances, son, y lo eran va siglos atrás, sistemas

* ["El toscazo", en 1 sed. del *Repertorio Colombiano*].

regulares de elocución. Cada una de ellas se somete a reglas que le son peculiares, y no promiscuas, y a otras comunes a toda la familia neolatina, de que resulta variedad graciosa dentro de la imponente unidad romana³⁵.

Cada pueblo neo-latino tiene, por ejemplo, su particular acentuación, nacional o provincial; pero ¡caso tan extraño como cierto! en medio de las permutaciones y pérdidas de letras, de las diferentes alteraciones y cambios, que experimentan las palabras latinas al pasar a las lenguas romances, el primitivo acento prosódico, con raras excepciones, que admiten también explicación, permanece en su lugar en cada voz, y allí vive inalterable. Ley interesantísima, hasta hace algunos años no conocida de los filólogos, principio luminoso de etimología, que permite, pongo por caso, rastrear en algún incógnito diminutivo de la baja latinidad el origen de una palabra que, por aparente dislocación del acento, no se engarza directamente con el latín clásico.

Si alguien hubiese puesto ante los ojos a Varrón, a Cicerón o a Horacio un puñado, digamos, de palabras latinas para que sobre ellas profetizasen, ¿qué pensaremos que hubieran conjeturado? Tal vez que las letras fuertes se suavizarían, que se perderían las finales, que aquellos vocablos mismos caerían en olvido y desuetud, y serían reemplazados por vocablos nuevos. Nada más:

³⁵

Facies non omnibus una
Nec diversa tamen, qualem decet esse sororum.

[Ov. *Met.* 2, 13-14]

la sabiduría antigua, aunque no tan ocasionada como cierta política moderna, a equivocar la virtud con la fuerza, no adivinó, ni tenía por dónde adivinar, que el principio vital de las palabras no reside en las letras más resonantes, sino en el acento, elemento musical y enfático, y centro inmaterial en cierto modo, que con fuerza de cohesión agrupa las sílabas juxtapuestas; forma sustancial y alma, digámoslo así, de cada palabra, ¿Qué mucho que los antiguos no columbrasen fenómeno semejante, si modernamente, al mismo tiempo que la lengua francesa, desmoronadas muchas voces latinas polisílabas y reducidas en ella a una sola sílaba sonora a la sílaba tradicionalmente acentuada, da vivo testimonio de la supervivencia del *espíritu* en las palabras, el pueblo que habla aquella lengua es cabalmente el de oído más indócil para percibir la diferencia fundamental entre sílaba acentuada y sílabas no acentuadas? Marmontel, académico y célebre preceptista de la centuria pasada, confesaba que tenía por fabuloso el acento tónico³⁶; no de otra suerte lo miran muchos en Francia, y recientemente Quicherat, Gaston Paris, Littré se han esforzado por demostrar a sus compatriotas la verdad sencillísima de que las palabras francesas se dividen en agudas y graves, clasificación comprobada por el cumplimiento, de aquella admirable ley etimológica. Si fuese permitido este paralelismo simbólico, diría yo que al modo del pueblo israelita en materia de religión, en lo tocante a este peregrino accidente de la elocución, que llamamos acento, el pueblo francés ha

³⁶ QUICHERAT, *Mélanges de philologie*, p. 217.

sido depositario y guardián de la misma verdad que en el orden regular de las cosas parece condenado a no comprender.

Os he traído a la memoria esta ley de la permanencia del acento, no para desviar vuestra atención del asunto de que trato, antes bien, para rogaros que la fijéis en las conclusiones que del reconocimiento de leyes lingüísticas tales como ésta, se desprenden en relación con el concepto del uso.

¿Habéis reparado, señores, en el espíritu, en el verdadero sentido que envuelve todo argumento que a secas se apoya en el uso? Cuando se decide que debe pronunciarse, decirse o escribirse de tal o cual manera, porque así lo exige el uso, ¿no observáis que con esta razón potísima se cierra la boca a la curiosidad? Con efecto, en el uso el hecho es todo, el derecho nada; cosa es sobreentendida que el uso, como ya lo expresó Martínez de la Rosa, es «despótico», «absoluto»*; si él lo quiere, no hay más que averiguar; la razón en que apoya sus decretos, es aquella sinrazón *porque sí*, de los niños, de los necios y de los tiranos.

Y yo, señores, confieso que, aun tratándose de lenguaje, estas razones arbitrarias, que en otros casos son ofensivas y tiránicas, me han disonado siempre. Confieso que he extrañado la *autoridad* que se atribuye a una entidad impersonal y despótica. El hecho, cuando no tiene, ni admite, ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón ver-

* [Poética, canto II].

dadera. Soberbia y locura sería (ya lo he reconocido) pedir las razones últimas de las cosas; pero es fuero propio de seres racionales exigir a los hechos que presenten su título como manifestaciones o como agentes de fuerzas superiores. Merece el hecho respeto y acatamiento, no por lo que es en sí, sino por lo que representa; y si el uso no es más que un hecho, le seguiré por necesidad, no le acataré con el entendimiento. Para que el hecho lleve mis obsequios racionales, yo le exijo que en lo sustancial, aunque no en los pormenores, se apoye en una ley preexistente, o con ella se enlace de algún modo, aun cuando yo no la penetre en sus causas finales. Y no me objete aquí alguno que en ello me mueve el vano placer de quien gusta de beber en fuente más alta, pero siempre turbia, su ignorancia. No; no me remonto a buscar hipótesis imaginarias, como la del *átomo*, ni me contentan palabras provisionales o vacías, como la de *casualidad*. Leyes solícito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho; y cuanto más antigua la ley que descubro, más me satisface, porque por su antigüedad mido la alteza de su origen y lo benéfico de su institución. No sólo con el jurisconsulto aclamaré a la legalidad justa, sino con el filósofo la reconoceré luminosa, y con el teólogo la acataré divina. Cuando de lo casual pasamos a lo providencial, cuando de lo que es subimos a lo que debe ser, cuando del caos, en fin, salimos para entrar en el orden, que es calor y es luz, el corazón naturalmente se regocija, sosiega y descansa el entendimiento.

La permanencia del acento originario en todas las lenguas romances, en medio de sacudimientos y destrozos sociales, al través de largos siglos tumultuosos, a pesar de grandes distancias interpuestas entre diferentes pueblos neo-latinos, es, con otros muchos, elocuente ejemplo para mostrar cómo en su transformación los idiomas se guían por leyes preexistentes, que en períodos anteclásicos dirigen el uso popular. La sola razón *sic inbeo* del uso, satisface al que nada más desea que hablar una lengua según el uso recibido; mas no es suficiente ya para quien desee poseerla por principios; no para el que sigue la historia de sus variaciones fonéticas y examina su estructura gramatical; no para el que estudia el encadenamiento de sus acepciones metafóricas, y aguza el entendimiento para fijar sus sinonimias, llevando siempre delante la indispensable antorcha de la etimología.

Y descubierta la ley, en conformidad con ella se establecen reglas gramaticales y se dictan sin apelación justísimos fallos en el tribunal de la crítica. En vano será, por ejemplo, que *médula*, *cólega* o *méndigo* produzcan en su abono ejemplos de autores coetáneos: hase dislocado en tales vocablos el acento que derivan del latín, violan y contrarían una ley histórica del idioma, y basta hoy esta consideración, sin necesidad de alegar pasajes de escritores clásicos como pruebas de *uso* literario, para condenar y proscribir esos y cualesquiera otros proparoxítonos, de los varios que está introduciendo o pretendiendo introducir en castellano (como observa agudamente el señor Morel Fatio) la tonta idea de que la acen-

tuación esdrújula es en todo caso, por lo enfática, más noble que la llana o grave.

Errará, empero, quien extremando este método científico-histórico, considere las lenguas como plantas parásitas que crecen abrazadas apenas al árbol de la humana sociedad. El lenguaje, dice el profesor Pott, es compuesto de alma y cuerpo, y vive y se alimenta a un mismo tiempo de espíritu y materia. Por una parte, producto sonoro de los órganos vocales; por otra, brote lozano de la imaginación; y en él, como en todas las manifestaciones de seres animados, los movimientos regulados por leyes naturales se combinan con otros caprichosos, inexplicables; la necesidad se modifica y particulariza por obra de la espontaneidad. Conocemos tal vez las causas fisiológicas que determinan el cambio o eliminación de algunos sonidos y letras; pero dentro de los principios generales cabe variedad de resultados. Nos enseñará el filólogo que aun las excepciones gramaticales son restos de leyes antiguas que cayeron en desuetud; pero no explicará en muchos casos por qué una ley es regla y otra degeneró en excepción³⁷. Si se nos proponen varias voces latinas que significan una misma cosa, tenemos la clave para darles a todas ellas la forma que les corresponde en nuestra lengua; pero si se pregunta por qué razón el uso adoptó una y desechó las otras (por qué verbigracia usamos *beber* y no *potar*, si bien se dice *agua potable* y no *bebible*) posible es que se conozca la causa³⁸, posible también que no

³⁷ V. CUERVO, *Apuntaciones*, 3ª ed. 665.

³⁸ Diez, en la Introducción a su Gramática, señala varias de esas causas.

acierte a decidir el punto el más erudito filólogo. En muchísimos casos la elección dependió de móviles involuntarios, ignorados, o de causas accidentales tal vez o del momento; fue, por punto general, espontánea; y a este elemento, origen de la condición que apellidé ya propiedad convencional de los términos, limitase, en último análisis, la jurisdicción del uso, puesto caso que por uso entendemos de ordinario aquellas prácticas que no admiten explicación histórica ni científica.

Nace de aquí que, si bien de los resultados es permitido ascender, por vía de recomposición, al origen, y confrontados diversos idiomas congéneres se ha ensayado, y ensayarse puede, con buen éxito la reconstrucción de la lengua madre, no de igual manera trazará el filólogo la forma circunstanciada de futuros dialectos. Como en la historia del mundo, en la del lenguaje la ciencia anuncia bienes o males, prosperidades o catástrofes, pero en globo; la experiencia recomienda recursos eficaces para remediarse del daño que amenaza, pero sin responder de las contingencias; porque la espontaneidad traviesa, hurtándose al análisis, por disposición providencial, se encarga de desbaratar los cálculos fundados en el cumplimiento riguroso de leyes naturales.

A éstas obedeció el lenguaje en períodos anteclásicos. Con ellas concurre en los siglos clásicos otro elemento, dominador del uso, otro factor, de más alta alcornia que la espontaneidad instintiva, a saber, la libertad racional de los ingenios superiores, que con esfuerzo generoso ilustran y ensanchan los términos de la lengua patria.

V

EL USO Y LOS ESCRITORES CLÁSICOS.

Qué hemos de entender por autores clásicos, en qué consistió su labor, cuál fue su mérito, díselo en breves palabras, que me complazco en repetir para adorno de de esta exposición, el ilustre Cardenal Newman.

Autores clásicos de una literatura nacional son aquellos que, en orden a poner de manifiesto el poder de la lengua en que escribieron, y dirigirla en su desenvolvimiento, ocupan lugar preeminente. La lengua de una nación es a los principios ruda y tosca, y demanda una serie de entendidos artistas, que trabajen en hacerla maleable y dúctil, y en llevarla a la conveniente perfección. Crece ella, sí, con el uso; pero no cualquiera se hallará capaz de manejarla bien cuando todavía está informe. Esfuerzo es éste propio del genio; y así sucede que, como destinados a realizar tal obra, van apareciendo uno en pos de otro, y según las circunstancias de los tiempos, hombres dotados de talentos peculiares. Uno le da flexibilidad, esto es, enseña cuán bien puede acomodarse ella a expresar, con nitidez y delicadeza, diversidad de ideas y de sentimientos; otro le comunica perspicuidad y energía; un tercero acrecienta su vocabulario; quién, en fin, le añade gracia y armonía. El estilo de cada uno de esos eminentes maestros llega a convertirse en una especie de propiedad de la lengua misma, conforme van entrando en la conversación, entre clases ilustradas, y tornándose recursos del arte de escribir, todas aquellas palabras, frases, construcciones y giros que antes no se conocían³⁹.

³⁹ *Lectures on University subjects, III. § 4.*

Los que poseemos una lengua acaudalada por tan diversas fuentes y raudales tributarios, que hoy corren reunidos a manera de majestuoso río, no acertaremos a distinguir fácilmente lo que a todos y a cada uno se debe en la formación del lenguaje: lo que el uso trajo consigo, y lo que los escritores clásicos pusieron de su caudal en las corrientes del uso; y tan injusto fuera adjudicar íntegro el lauro de la invención a las fuerzas anónimas del lenguaje usual, como a la personal gallardía de preclaros ingenios. En las sencillas crónicas, trovas y canciones de gesta del período anteclásico hemos de estudiar, y estudia hoy la crítica anchurosa y benévola, una fase de la lengua; otra fase más espléndida y perfecta admiramos en las producciones de los siglos de oro, hijas del saber y la constancia; y de la comparación atenta resultará conocer la lengua en sus variadas formas, y poner en claro los títulos del uso popular y los merecimientos de los artistas literarios.

Comoquiera que sea, y salvo siempre el respeto debido aun a la embrionaria literatura de siglos llamados bárbaros (que sólo la salvajez, no la barbarie, cae bajo el nivel de la humana grandeza), no puede negarse que los primeros escritores clásicos de una lengua supieron dejar muy pronunciada en ella la estampa de su individualidad; así es, que discurriendo con su acostumbrada ingeniosidad y gracia sobre los grandes poetas italianos, gradúa Lord Macaulay de «creación», y fue en cierto sentido, no diré el estilo, el lenguaje mismo de la *Divina Comedia*⁴⁰.

⁴⁰ Dante italianizó muchas palabras latinas.

Cuando apareció Dante el latín era aún la lengua literaria y culta, la lengua de las universidades de la Iglesia. «Cuantos aspiraban, dice el crítico inglés, a distinguirse en las altas esferas de la poesía, al latín apelaban. Compadecido de la ignorancia de su dama, algún caballero, de vez en cuando, declaraba su pasión en versos provenzales o toscanos. También pudo ser en ocasiones materia de edificación para el pueblo alguna alegoría piadosa compuesta en la jerga vulgar. Mas ningún escritor había imaginado que dialecto de aldeanos y placeras tuviese en sí energía y precisión bastantes para dar forma a una obra majestuosa y duradera. Ensayólo, el primero de todos, Dante, el cual descubriendo en aquel descuidado venero tesoros de pensamiento y de dicción, los acrisoló hasta el mayor refinamiento, puliéndolos les dió esplendor, y acomodólos a todo objeto o útil o grandioso. Y así alcanzó la gloria no sólo de haber compuesto el mejor poema narrativo de los tiempos modernos, sino de *haber creado una lengua* que se distingue por su incomparable melodía, y que se presta singularmente para dar a las más altas y apasionadas ideas la expresión severa y concisa que cual ropaje propio les corresponde»⁴¹.

¡Bella apología que de una de las lenguas meridionales hace un hijo del Norte! En qué grado y medida aquel espíritu viril que fue en Dante dádiva de la naturaleza, transmitido al idioma toscano supo en conservarse vivo y poderoso; cómo y hasta dónde, a

⁴¹ *On the principal Italian writers.*

partir de aquella primera imposición de manos, siguiendo los pasos y revueltas de los Estados itálicos, amoldándose al carácter regional y a la índole de escritores nuevos, fue modificando el suyo propio la galana, musical y brillante lengua de Maquiavelo, de Tasso de Manzoni, que en majestad, robustez y grandilocuencia cede indudablemente la palma a la lengua de Granada, de Ercilla y de Quintana, cuestiones son ajenas de mi competencia y no para tratarla en la ocasión presente.

Volviendo los ojos a la lengua castellana, viene a cuento recordar, lo primero, el precioso *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, el cual, a modo de sencillo monumento; se alza conspicuo en el espacio donde cesa el movimiento del uso, falto de conciencia y de freno, y se abre la era de los escritores que a fuer de príncipes de la elocuencia o la poesía empuñan cetro y dictan leyes al lenguaje:

Ello es que en la obra del célebre dialogizante (y ya con la mente os habréis adelantado a este recuerdo mío) aparecen dos españoles y dos italianos, en una casa de campo cerca de Nápoles, discutiendo ingeniosamente sobre el mejor modo de hablar una lengua como la castellana que por entonces, corriendo los años de 1530, carecía de modelos propios. El personaje principal reconoce lo difícil del empeño «porque he aprendido — dice — la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso; de manera que de la latina podría dar cuenta por el arte y por los libros en que la aprendí, y de la castellana no, sino por el uso común del hablar; por donde tengo razón de juzgar por cosa fuera de propósito que me queráis demandar cuenta de lo

que está fuera de toda cuenta». El mismo Valdés no hallaba otra autoridad en que apoyar sus opiniones gramaticales, que los refranes populares, en que «se ve muy bien», según observación de su interlocutor y paisano Torres, «la puridad de la lengua castellana». Tanto así, a pesar de las leyes de Partida, menos dechado literario, que esfuerzo de aplicación y alarde de regia sabiduría, mostrábase baldía la lengua castellana cuando los escritores contemporáneos de Valdés, o los que de cerca vinieron en pos, tomaron sobre sí la ardua empresa de sacarla de su llana condición y coronarla reina.

A las veces el mismo Valdés en sus escritos también se apartaba del uso. El interlocutor italiano Marcio le dice: «Satisfacednos con las razones que os mueven a escribir algunas cosas de otra manera que los otros; porque puede ser que éstas sean tales, que valgan tanto cuanto pudieran valer la autoridad de los libros». Y es de ver en las que expone Valdés, a vueltas de la discreción que de ordinario le distingue, la ignorancia que padece y los errores en que cae cuando a falta de modelos indígenas consagrados, inventa para su uso particular etimologías arbitrarias, vanas razones científicas.

Ni fue científica (o a lo menos escaso anduvo este elemento auxiliar) sino artística, o sea; guiada únicamente del amor de la belleza, la imitación de modelos literarios latinos e italianos, nacida al calor del Renacimiento; y ése fue el medio por donde se enriqueció la lengua castellana; ésa la corriente que, desatada por los buenos escritores, invadió briosamente la del uso, dominándola a las veces, modificándola siempre.

Sabido es que España, en la época de su mayor poderío y con relación a Italia, repite los rasgos que caracterizan a la antigua Roma, en los días de su grandeza, vencedora de Atenas en armas, por ésta vencida en letras. El verso endecasílabo que otros no habían acertado a aclimatar fue, en manos de Garcilaso, con los primores y galas que comporta, conquistador de la lírica española, y no sin resistencia, avasalló al popular octosílabo, al modo que el exámetro helénico había humillado en Roma al indígena ritmo saturnino; salvo que en España el genio de la poesía popular tornó luego a levantarse y dominar en el teatro, ostentando originalidad al par que extravagancia, moviéndose al compás de los aplausos de una multitud sin letras. Comoquiera, Garcilaso, innovador tan atrevido como afortunado, fue padre de nuestra poesía lírica, y tan hondo puso en ella el sello de su genio, que su lenguaje no se ha anticuado en nuestro Parnaso, y suena y sonará siempre gratísimo en oídos españoles el eco de sus rimas, como el de «corrientes aguas, puras, cristalinas»*.

Fernando de Herrera, comentando a Garcilaso, motejaba a los escritores contemporáneos, porque reverenciando el uso, «estrechaban los términos de la lengua». «Los italianos — decía — hombres de juicio y erudición, y amigos de ilustrar su lengua, ningún vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidarnos los nuestros nacidos en la ciudad, en corte, en la casa de los hombres sabios, solamente por parecer religiosos en el lenguaje, y padecemos pobreza

* [Egloga primera, 239].

en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la dicción peregrina cuando no la tiene propia y natural o cuando es de mayor significación ... Las nuevas voces no han de ser humildes, hinchadas, tardas, luxuriosas, tristes, demasiadas, flojas y sin sentido, sino propias, altas, graves, llenas, alegres, severas, grandes y sonantes».

¿Y qué diremos de Fray Luis de León? Cuando leemos la agradable prosa de los *Nombres de Cristo*, o repetimos de memoria los inmortales versos «¡Qué descansada vida!»... * o *Noche serena*, como con esas palabras, y esas cláusulas, y ese ritmo estamos familiarizados desde la escuela, nadie nos quitará de la cabeza que Fray Luis de León escribía con la misma espontaneidad con que sentía, y que en sus obras castellanas el pensamiento y la expresión nacían sin esfuerzo como hermanos gemelos. No: Fray Luis de León, que había nutrido su espíritu en la poesía hebrea, que estaba familiarizado con la literatura grecorromana, que escribía magistralmente el latín, como lo acreditan sus obras expositivas, y que en latín enseñaba y discutía en Salamanca, no era, digámoslo así, un romancista espontáneo y fácil. Emulando a los italianos y siguiendo sus huellas, aspiraba a levantar al nivel de la toscana su lengua nativa, manejándola a fuer de esclava, indócil todavía a la disciplina del arte, y en este camino salíanle al paso contradicciones diversas, porque los latinistas y eruditos no le sufrían que se rebajase a escribir

* [*Vida retirada*, I]

en castellano, y con ellos se ligaban sus émulos, haciendo capítulo de acusación que alguna vez hubiera osado exponer asuntos bíblicos y morales en lengua vulgar, y los romancistas e iliteratos, por su parte, le pedían que escribiese ni más ni menos como el vulgo hablaba. A unos y otros replicó en los *Nombres de Cristo* el docto agustiniano, y por los últimos estampó estas palabras, dirigidas a don Pedro Portocarrero, y después muchas veces citadas:

De éstos son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden: y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así, los sabios y los graves y los naturalmente compuestos no se aplican bien a lo que se escribe mal y sin orden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesto lo es. Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta

parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes *.

En suma, al lenguaje de León ha de aplicarse, en lo que le toca, lo que de su arte y estilo en general dice un ilustre escritor de nuestros días, quien mejor que nadie, y no una vez sola, ha juzgado al príncipe de los líricos españoles antiguos y modernos⁴²; es a saber, que «Fray Luis de León acudió a todas las fuentes del gusto, y adornó a la Musa castellana con los más preciados despojos de las divinidades extrañas; y animó luégo este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso capaz de sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista que da unidad y carácter propio a su obra».

¿Y qué es ver a un poeta tomar de dos voces, gemelas por la significación, la que corre como villana, y ennoblecerla⁴³, o desenterrar un término arcaico, o dar título de ciudadanía a uno provincial? Singularísimo privilegio, porque en estos casos los poetas desafiando y atropellando el uso en lo que es, como he dicho ya, privativa jurisdicción y dominio de éste, alteran los lindes por él establecidos entre el lenguaje vulgar y el

* [*Los nombres de Cristo*, III, dedicatoria].

⁴² El señor Menéndez Pelayo, que en su obra *Horario en España*, [1ª ed], página 205 y siguientes, explica el desarrollo del genio poético de León, dividiéndolo con acierto en cinco períodos.

⁴³ V. BURGOS, *Discurso de entrada en la Academia*, en OCHOA, *Apuntes para una Biblioteca*, tomo I. [págs. 224-228].

poético, entre el que ha muerto y el que vive, entre los dialectos y la lengua nacional.

Con tan feliz éxito modificaron algunos grandes escritores la lengua reformando el uso, que siendo contemporáneos Fray Luis de León y Santa Teresa, las obras del primero, no compuestas para los simples y humildes de su tiempo (como él mismo advierte), son hoy, si no me engaño, más claras e inteligibles para todo el mundo, incluso los humildes y simples, que las obras de la santa escritora, ajenas de todo aliño de erudición, como trazadas con mano veloz, a impulsos de ardentísimo celo. Y aun más se apartan del uso actual en la forma, digámoslo así, fonográfica, en que salieron de su mística pluma, que en la ortográfica en que se imprimieron, revisadas por el mismo Maestro León, de orden del Consejo Real, en 1588. La santa escribía como pronunciaba; Fray Luis, como estimaba que debía pronunciarse, acomodándose a la etimología, así al cabo, rectificándose la fonética por la escritura, es como ha llegado a pronunciar todo hombre de mediana educación.

Otras veces sucede que un novador afortunado, después de alcanzar triunfos, quiere abusar de su talento, se hace extravagante, la corriente del uso le derriba y le vence, y su nombre antes glorioso, sirve de escándalo o de risa a los venideros. ¿Quién lee hoy las obras mayores de don Luis de Góngora? ¿Quién no repite su nombre como mero emblema de afectación y perverso gusto? Y sin embargo ese *ángel de tinieblas* ilustró la poesía española a satisfacción de todo el mundo, como dice Francisco Cascales: «él enriqueció la lengua castellana

con frases de oro fácilmente inventadas y cemente recibidas con general aplauso» *. ¿Y quién no se admirará de saber que muchas voces hoy de uso general, e indispensables si no han de suplirse con enojosos rodeos, fueron en siglos anteriores gongóricas y no entendidas de la gente?⁴⁴.

Todavía en tiempos no lejanos de los nuestros, cuando parecía cerrada ya la época de las reformas, y fijada la lengua, hallamos ejemplos elocuentes de los triunfos que alcanzan; no menos que de los abismos en que suelen hundirse, los innovadores de talento. Cienfuegos y Quintana eran compañeros, amigos y fundadores de una misma escuela: Capmany demostraba que Quintana no era castizo en sus poesías, y las novedades de uno, y otro poeta, andan mezcladas, sin distinción de colores, como retales de un mismo paño, en la satírica epístola a Andrés, de don Leandro Moratín. Con todo, Cienfuegos llevó muy lejos su audacia, y quedó vencido por el uso; mantúvose Quintana en más prudentes límites, y venció al uso⁴⁵. Hoy pocos, nadie tal vez, lee a Cienfuegos, y todavía leemos a Quintana, y admiramos y saboreamos en sus poesías como rasgos

* [Al licenciado Luis Tribaldo de Toledo sobre la obscuridad del "Polifemo" y "Soledades" de don Luís de Góngora].

⁴⁴ «Calderón refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela, por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*. Moreto cuenta entre las voces cultas *libidinoso, crédulo, obtuso*». ADOLFO DE CASTRO, *Poetas líricos del siglo XVI*, tomo I (colección de Rivadeneyra), página XXXI.

⁴⁵ Cf. QUINTANA, *Introducción a la poesía castellana, siglo XVIII*; SALVÁ, en el prólogo de su Gramática; ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, [Madrid, Viuda de Hernando, 1890], p. 65.

naturales y gustosos las que en su tiempo fueron rarezas.

Cuando una pluma escrutadora y diligente bosqueje la historia de la lengua, describirá todas las curiosas peripecias del combate general, si vale decirlo así, que en épocas de confusión empeñaron los escritores contra el uso, más como conquistadores de regiones incultas, que como legisladores de bien organizadas comunidades; descenderá a explicar las tentativas individuales, afortunadas unas veces, y desgraciadas otras; rastreará el origen clásico de muchas voces y frases que hoy son del dominio público; dirá si lo logra, cómo y cuándo entraron unas en el caudal de la lengua, y descartadas otras se relegaron al olvido; ofrecerá, en fin, a la admiración, no a la imitación, la gloria de los triunfadores, como León y Quintana; y para que sirva de escarmiento y freno a la osadía de miserables medianías, enseñará la ruina de genios poderosos como Góngora y Cienfuegos, que en la lengua que hablamos dejaron rastros anónimos de su fuerza, y con las obras que escribieron, a modo de obeliscos aislados, monumentos de su temeridad.

Joan de Castellanos, nuestro ingenuo y fecundo cronista, que habiendo venido a Indias como soldado de la conquista, tuvo tiempo en más de medio siglo que residió en estas comarcas, como vecino y cura de Tunja, de ver creciente y próspera la colonización española, decía graciosamente y en són de queja (en versos cuyo sentido traduciré en prosa), que los nuevos pobladores tenían ojos para ver los caminos por donde transitaban, las posadas donde pasaban la noche abrigados y servidos,

las poblaciones donde llegaban y recibían hospedaje, mas no para considerar los grandes trabajos de los primeros descubridores y fundadores, que venciendo una doble naturaleza bravía, la de los hombres y las selvas, domeñaron a los unos, y allanaron las otras, y trajeron las comodidades de la vida europea, y a costa muchas veces de la propia vida, dejaron centros de cultura, en beneficio de los que hubieron de ser, a juicio de Castellanos, y de los que somos aún hoy, si no me engaño, sus mal agradecidos herederos.

Lo propio sucede tratándose de la lengua. Tenemos una tan hermosa, tan rica, tan fértil, que para todo sirve y a nadie jamás viene estrecha, sólo al que no ha estudiado sus inagotables recursos; y cogemos sus flores y sus frutos, sin acordarnos de que la fuerza y la savia de su organismo es la vida y la sangre de escritores ilustres, de los clásicos españoles; que lo mejor de su propio ser, que ellos en ella pusieron, recibiólo y asimilóselo la lengua, y ahora como de sí misma nacido lo presenta, bajo el nombre vago de *uso*, que sirve, como el de *casualidad*, a encubrir y postergar el mérito personal del genio creador. Si en vez de esta noble lengua neolatina, hablásemos la lengua mosca, o cualquiera otra de las innumerables que pululaban en América antes de la conquista, vivas aún algunas de ellas, alumnas todas del uso, y no adornadas de gloria literaria, ¿podríamos orar y escribir, versificar, filosofar, discutir, como ahora a nuestro sabor y a nuestras anchas; y con pensamientos tan oscuramente concebidos cuanto confusamente expresados nos sería permitido, ni por asomos, ni en la esperanza, tomar parte en el concierto

de la civilización moderna? ¡No, señores! Participación tan gloriosa, sólo se nos concede a condición de usar de una lengua clásica, la castellana, que no solamente es tal, sino leonesa y riojana, y calderoniana y cervántica; no la lengua del vulgo, del trato común y del comercio, sino la propia de los escritores clásicos de la nación española. Diérase sentimiento al lenguaje, como lo dió la antigüedad a las plantas, y en el melodioso rumor de las palabras de nuestro idioma, como en el de hojas meneadas por el viento, percibiríamos el acento de León y de Rioja, de Calderón y de Cervantes, y los oiríamos otras veces gemir, como a Polidoro, a los golpes sacrílegos, que renegando de nuestro origen y repudiando nuestras glorias, solemos asestar sobre las ramas dilatadas y aun sobre el anciano tronco de este árbol que cobija a tantos pueblos con su sombra!

Y aquí cabría investigar qué poder y alcance tiene el uso en una lengua perfeccionada ya de ese modo por los autores clásicos. Este terreno cultivado, cubierto por la industria de cuanto hay que desear para utilidad o recreo, ¿a qué vicisitudes y mudanzas está expuesto? ¿Qué decadencia o qué progreso aguarda a nuestro idioma? ¿Es cierto, como se ha dicho, que fijada el habla, todo lo añadido la desfigura y no la hermosea? ¿Que el lenguaje, masa blanda en la edad clásica, en la forma y con los aumentos que adquirió entonces, se ha tornado en nuestras manos acero resistente? ⁴⁶. ¿O

⁴⁶ Tal es la discreta opinión de Newman en su precioso discurso *English Catholic Literature* arriba citado. «Thus the language has become in a great measure stereotype; as in the case of the human frame, it has expanded to the loss of its elasticity, and can expand no

pensaremos que, si bien así definido en su índole, es susceptible, sin alterar ésta, de un desenvolvimiento ilimitado? Tal como una lengua muerta, el latín, tuvo una época de renacimiento, ¿no podrán tenerla, en que se remocen y reflorézcan, las lenguas vivas? ¿Ha perdido, o ha ganado el castellano de tres siglos a esta parte? La presente centuria, tan fecunda en eminentes escritores, ¿no se podrá considerar segunda edad de oro, no de todas, pero sí de algunas literaturas europeas? Y tanta riqueza literaria ¿no habrá influido, poco o mucho, en el vocabulario y en el sistema conceptual o sintáctico, y en la métrica de las respectivas lenguas?...

Problemas acabo de apuntar para discutidos en una obra seria, y no dentro de los términos, ya con exceso dilatados, de este discurso; fuera de que es por demás difícil juzgar bien las cosas contemporáneas, las cuales no se ofrecen al espectador definidas y en silencio como las históricas, sino en un movimiento que ofusca y con un ruido que asorda. Yo me contentaré con afirmar, interpretando, si no yerro, vuestras opiniones, que ora se considere la lengua en cuanto está fijada, ora en lo que tiene de progresiva; ya se consulte su pureza, ya su adelantamiento, hemos de cultivarla apacentán-

more. Then the general style of educated men, formed by the accumulated improvements of centuries, is far superior perhaps in perfectness to that of any one of those national classics, who have taught their countrymen to write more clearly, or more elegantly, or more forcibly than themselves. And literary men submit themselves to what they find so well provided for them; or, if impatient of conventionalities, and resolved to shake off a yoke which tames them down to the loss of individuality, they adopt no half measures, but indulge in novelties which offend against the genius of the language and the true canons of taste.

donos en los grandes modelos; y que éstos han de ser, como dijo Moratín el viejo, «griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles»; porque principiando por lo helénico, *ab love principium**, como tipo excepcional y perfecto de belleza, éste es, por lo demás, el orden que pide la índole de nuestra literatura; y es ley de toda cosa que no puede rejuvenecerse, ni progresar, sino conformándose con las tradiciones de su historia, con las condiciones inherentes a su carácter, con las necesidades de su naturaleza.

VI

VARIACIONES REGIONALES DEL USO. — ALIANZA ACADEMICA. —
PRINCIPIOS QUE DIRIGEN Y RECTIFICAN EL USO

Pero el uso varía no sólo en el tiempo, sino también en el espacio, de una provincia a otra, de un lugar a otro inmediato. Cuando la literatura cesa de brillar, y faltan escritores, la necesidad de entenderse los hombres unos con otros, no basta por sí sola a mantener la unidad de la lengua, sino en reducidas comarcas. Con la anarquía social corre parejas la confusión de lenguas; y vemos entonces a un idioma, rico y noble, y que abarcaba tal vez vastos territorios, descomponerse y morir,

Cual obra de contrarios elementos
que de la unión pacífica se afligen,
a renovar su enemistad atemos.

* [VERG., *Egloga* III, 60].

La descomposición de una lengua entregada al uso, y su multiplicación en dialectos, es ley natural, cuyo cumplimiento sólo se aplaza o se elude por la acción que ejerce la literatura sobre el lenguaje vulgar. Es la literatura la sal del lenguaje, el único poder que neutraliza e impide la acción disolvente del uso. Y como-quiere que la unidad de la lengua sea en muchos casos objeto del más alto interés, la cuestión toma, desde ese momento, un aspecto nuevo e importantísimo: no será ya progreso de buena ley el que no se realice a un tiempo dondequiera que se habla el idioma; y la libertad de los escritores ha de restringirse y templarse, en beneficio de la unidad, bajo la discreta dirección de los centros de mayor cultura, de Academias, donde las haya, encargadas de velar por la conservación del patrio idioma.

En los dialectos que se hablan todavía en las naciones latinas, no del todo avasallados por las lenguas nacionales, estamos sintiendo, después de siglos, los resultados del desquiciamiento y confusión en que cayó envuelta la lengua latina, entre las ruinas del imperio romano, al empuje de los bárbaros del Norte.

Disputábase, no muchos años há, y creo que aún se disputará en Italia, cuál es la ciudad, Florencia, Siena o Roma, donde se habla con más pureza el toscano, y recuerdo que a Manzoni se dio comisión oficial para que propusiese los medios conducentes a fijar y afianzar la Unidad de la lengua italiana.

En aquellas naciones que de tiempo atrás conquistaron la unidad política, la capital se considera también como centro o metrópoli de la lengua escrita o literaria,

aunque no siempre se reconozca que sea allí donde mejor se habla el idioma, y aunque en una misma capital coexistan, como es natural, diferentes usos. Por ello dijo Cervantes: «Toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido ... porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos».⁴⁷ Lope de Vega decía que los Argensolas habían ido de Aragón a Castilla a enseñar castellano; y de un insigne escritor americano (que recibió su educación literaria en Bogotá) dijo en Madrid un académico famoso: «Quien quiera oír buen castellano, vaya y hable con Baralt». Mas ejemplos semejantes no son razones poderosas a quitar el cetro literario a las grandes capitales; y así, aunque los naturales de Valladolid blasonen de hablar con más pureza que los madrileños, y aunque el lenguaje andaluz sea el más galano y gracioso de la Península, y aunque en algunos puntos de América se conserve el habla exenta de las novedades y corruptelas de origen transpirenaico, la capital de España, mientras la civilización siga su curso natural, mantendrá siempre la preeminencia que le corresponde en materia de buen lenguaje, y de letras en general, porque en su seno vive la flor de los poetas, literatos y oradores de la Nación.

Mas con la lengua de Castilla se ha verificado un fenómeno que no tiene ejemplo en la historia: que habiéndose extendido por derecho de conquista a remotos y dilatados territorios, ha venido a ser lengua común

⁴⁷ Quijote; II 19.

de muchas naciones independientes. De ser hermanas blasonan las Repúblicas de la América Española, y ora amistosas, ora sañudos sus abrazos, serán siempre, si en paz, hermanas, y si en guerra, fratricidas; anverso y reverso de un parentesco fundado en una común civilización, y estrechado por vínculos de los cuales la unidad de la lengua no es el menos poderoso. De inmensa importancia es, por razones obvias, la conservación de esa unidad hermosa; pero no hay probabilidad de que ninguna de las capitales de las naciones que recibieron el castellano como herencia común, adquiera en punto de lenguaje, título de primacía por consentimiento unánime de las demás. «El continente hispanoamericano», ha dicho el célebre geógrafo. Eliseo Reclus; «se jacta de tener varias Atenas, entre ellas dos principales, una al Sur, otra al Norte — Buenos Aires y Bogotá»⁴⁸. ¿Y convendría en aceptar lugar secundario Méjico, la que engendró a Alarcón y crió a sus pechos a Valbuena? ¿Quedaría postergada Caracas, la *magna parens virum* que con sólo el nombre de Bello oscurece constelaciones de nombres gloriosos? ¿Rendiría parias a nadie la orgullosa Santiago, centro floreciente de riqueza y de ilustración?...

Entretanto el interés de mantener la unidad de la lengua, que de diversos pueblos independientes que la hablan y cultivan, forma una nación, una sola patria literaria, demanda que los diferentes miembros de esta colectividad demuestren con signos visibles que pertenecen a un cuerpo y que tienen una cabeza; y no hay

⁴⁸ *Revue de deux mondes*, Febrero 1864.

medio tan razonable y justo de satisfacer a esta necesidad, conciliando ambiciones y acallando celosas rivalidades, como que las capitales de las Repúblicas hispano-americanas, representadas por juntas literarias de carácter permanente, y cada una en su jurisdicción respectiva, entiendan en las cosas del lengua distinguiendo, en lo regional, aquello que por su origen y otras condiciones merezca vivir y entrar en el caudal de la lengua, para recomendarlo a la adopción general, y aquello que carece de títulos y no ofrece ventajas, para descartarlo del lenguaje literario, y relegarlo a la oscuridad o al olvido. Y para que este trabajo sea armónico y fructuoso, todas esas corporaciones han de subordinarse, con razonable adhesión, al principal centro literario de España, como a depositario más calificado de las tradiciones y tesoros de la lengua. Mantener por medios semejantes tan grandiosa y fecunda unidad, fue sin duda el objeto que tuvo en mira la Academia Española cuando acordó establecer Academias correspondientes en las capitales de todas estas Repúblicas.

El filólogo D. Antonio Puigblanch, que como español antes que catalán, se sometió gustoso al yugo suave de la unidad nacional del idioma, se adelantó, en cierto modo, a este pensamiento feliz, cuando daba a los americanos, junto con el ejemplo, esté consejo sensato, citado y aprobado por Bello y por Cuervo: «Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse como a centro de unidad al de Castilla, que le dió el sér y el nombre». Ahora bien: este razonable sistema de

subordinación no se ajusta y compadece con el principio de la autoridad absoluta del uso, cuyos seguidores, entre usos locales, no examinarán los títulos ni distinguirán la calidad, igualando en la indiferencia de su juicio, lo legítimo y castizo con lo bastardo y espurio, la lengua nacional, custodiada por solícitos guardianes, con los dialectos y subdialectos que amenazan, con sus desmanes, a la vida de la madre.

Los escritores clásicos dejaron con sus obras modelos a la imitación de las edades; los gramáticos, estudiando semejantes dechados, elevan a principios las prácticas que hallaron observarse en ellos, y fijan así los cánones de la lengua. La labor de los primeros fue artística, literaria; la de los segundos científica y crítica. Y dado que escritores clásicos a las veces siguieron el uso, a veces de él se apartaron, los gramáticos sancionan como bases del buen uso contemporáneo prácticas antiguas junto con otras relativamente modernas. Mas acaece también no descubrirse tal vez entre los autores aquella uniformidad sobre la cual se delinearán sistemas, antes estar en contradicción unos con otros, y ninguno acaso consiguiente consigo mismo, como se ve en materias ortográficas; o bien, que aunque general una práctica, cual es de notarse en algunos plintos de sintaxis, no se explique su adopción sino por ignorancia o incuria, y esté en pugna con poderosas razones de etimología, de lingüística, o de crítica literaria.

Lícito es, en tales casos, que el escritor de conciencia se aparte no sólo del uso común, sino del uso literario más general, ladeándose a lo que estime más razonable

y perfecto, codicioso de mayor corrección y perspicuidad en el estilo.

Salvo que, cuando no se trate de escribir con esmero y atildamiento, sino de iniciar y difundir alguna reforma trascendente, no basta que la doctrina nueva esté bien fundada, requiérese además que su autor y propagadores dispongan de poder o influencia suficientes para obligar a todo el mundo a que la adopte, y tan alto prestigio no se concede a individuo alguno en nuestro siglo, que, cuanto extiende por igual la ilustración, tanto abate y quebranta la arrogancia personal. Una reforma que se localiza sin vigor expansivo, tiene dos inconvenientes funestos: en primer lugar, de hecho perturba y desconcierta; en segundo lugar, abre la vía a otras innovaciones más audaces, tal vez absurdas, y como ejemplo desmoraliza.

Tal es el caso de las reformas ortográficas con que algunos, animados tal vez de buenas intenciones, pero no previendo los resultados de su naturalmente escaso y siempre limitado prestigio, han propendido a anarquizar la escritura, y por ende la lengua misma, en la América Española.

No favorece a sus propósitos la opinión general, y sensata se arrima a la autoridad de la Academia Española; a virtud de que, ora por razón, ora por instinto, se reconoce que la introducción de reformas generales sólo incumbe a corporaciones como aquélla, tres veces respetable por su antigüedad, por su eminencia, por el concurso de preclaros ingenios que la componen. Que ella alcanzó, y alcanza, la aquiescencia universal, en vano solicitada por reformadores particulares, la experiencia

lo demuestra. En el siglo pasado quejábese el ilustre Feijóo de la anarquía de la escritura; «en cuanto a la ortografía, no sigo — decía — regla determinada, porque no la hay». Fue la Academia quien mató la anarquía dictando leyes que todos hemos acatado. «Al comparar», decían Bello y García del Río en 1823, «el estado de la ortografía castellana cuando la Academia se dedicó a simplificarla, con el que hoy tiene, no sabemos qué es más de alabar, si el espíritu de liberalidad... con que la Academia ha introducido las reformas útiles, o *la docilidad del público en adoptarlas*, así en la Península como *fuera de ella*»⁴⁹.

Merced a prolijas y delicadas investigaciones, han determinado los filólogos las principales leyes a que obedece el lenguaje en su desenvolvimiento natural, al par que los gramáticos señalan las peculiaridades de lenguaje y estilo de los escritores preeminentes. Falta ahora que se expliquen e ilustren los principios de aquel criterio científico, que así justifica al escritor en ocasionales desvíos del orden establecido por los clásicos, como a las Academias, en la dirección que comunican a la lengua, ora fijando el uso, ora reformándole.

Materia es ésta dificultosa, y en que se procede tal vez más por tanteo y por razones particulares que por sistema y reglas generales. Ni es permitido llegar a una

⁴⁹ Los neógrafos que citan a Bello debieran considerar que si es *digna de alabanza la docilidad del público, dentro y fuera de la Península, en adoptar las reformas introducidas por la Academia*, no lo será menos cuando el mismo público rechaza y condena lo que condena y rechaza la Academia. Esto es lógico. No podríamos ser a un mismo tiempo dóciles a la Academia y al General argentino D. F. Sarmiento. *Nemo potest duobus dominis servire*. [MATTH. 6, 24].

precisión extrema en negocio donde entra por mucho el tacto del buen gusto, que como todo sentido, esquivo las impertinentes tentativas de la análisis, celoso de su libertad; pero si no reglas estrechas, sí pueden establecerse algunos principios generales, que admiten desahogadamente variedad de aplicaciones; como son los que en rápidas indicaciones, voy a proponer, sólo a fin de comprobar que con el uso literario concurre también la crítica, a sombras de la autoridad académica, en la obra de perfeccionar la lengua.

El respeto a la *etimología*, auxiliada por la *ortografía*, ataja la descomposición de una lengua. Hubo un tiempo en que todos decían, y los más escribían *acetar, cativo, conduta, doctrina, escuro, insine, seguro*, etc. La Academia Española, en el siglo pasado (siguiendo las pisadas del sistema ortográfico de Fray Luis de León), inició una reacción etimológica, fijando la ortografía de tales voces, y hoy todos no sólo escribimos sino que pronunciamos *aceptar, cautivo, conducta, doctrina, insigne, oscuro* y aun *oscuro, seguro*, etc. Y de aquí ha resultado que los vocablos castellanos son en general más conformes con el origen latino y más íntegros en su forma que los italianos; porque en España, merced a la Academia, los doctos dominaron el uso, y en Italia el uso arrastró a los doctos⁵⁰.

⁵⁰ Es verdad que la Academia, después que en el siglo pasado rectificó la fonética por medio de la ortografía etimológica, en el presente (1803-1815) introdujo una reforma ortográfica apartándose de la etimología y arrimándose a la pronunciación; mas ésta, por dicha, ya se había fijado al tenor de la escritura etimológica, y en esa parte nada alteró la Academia, salvo el cambio o la supresión de algunas letras (*estraño, trasformar*), que después, con mejor acuerdo, y con el aplauso

La nomenclatura *científica*, fundada en la etimología y la analogía, hace felices invasiones en el lenguaje usual, acreditando y vulgarizando muchos nombres técnicos que reciben carta de naturaleza en el Diccionario vulgar, y penetran a las veces en el santuario de las Musas. «No debe cerrarse la puerta por neológicas, ha dicho atinadamente uno de vosotros, a las voces cuya aceptación diariamente reclaman el vuelo de las ciencias y artes y la entrada de nuevos usos y costumbres: en lo cual sólo ha de andarse alerta para acomodarlas bien al genio de nuestro idioma y rechazar muchas formadas sólo para disfrazar cosas viejas con vestido griego o latino. Mucho menos pueden tildarse de neológicos los derivados y compuestos conformes a las leyes de la lexicología castellana; pues como nuestra lengua no es muerta, tiene que desarrollarse, crecer y mirar siempre al sol del progreso, fecundador poderosísimo de las lenguas. Sería antes de desearse que los buenos escritores propendiesen con su ejemplo a aumentar en nuestro idioma aquella flexibilidad en que tanto le aventajan las lenguas clásicas y algunas vulgares

de los doctos, incluso Bello, ha restablecido. Consideren los neógrafos enemigos de la Academia que a ella se debe la uniformidad de la escritura castellana en ambos continentes; que sin la autoridad que ella eficazmente ha ejercido, los partidarios exagerados de la etimología usarían a la hora ésta una ortografía latinizada, y los seguidores del rigor fonográfico no sólo escribirían *corasón, estáo, verdá*, como pronuncian (amén de infinitas divergencias provinciales), sino estamparían también los consabidos *agüelo, destrucción, dotor, Ingalaterra*, dado que así hubiéramos de haber pronunciado todos, ellos y nosotros, pues tal era la corriente del uso, si no la rectificara la tradición escolar, cuyo más poderoso impulso vino, como queda dicho de la Academia Española.

como la alemana y la inglesa. Debe por otra parte recordarse (sigo repitiendo palabras de nuestro docto compañero) que cada época ha de ser por fuerza neológica respecto a las precedentes; ni es posible que suceda de otro modo, supuesto que siendo el lenguaje espejo de las costumbres, si la sociedad no permanece estacionaria menos podrá esperarse que el lenguaje se quede inmóvil. Cada época va dejando alguna contribución al caudal de la lengua, como un rastro de sus gustos e ideas; y si hoy no hacemos melindres a voces astrológicas, como *sino, estrella, desastre, desastrado, saturnino*; si llamamos al aire, al agua y al fuego *elementos*, y nos *actuamos* o *informamos* de un asunto, y hablamos de *predicamentos* y *categorías*, sin que se nos pase ya por la imaginación el peripato o la escuela, ¿por qué hemos de negar a nuestros contemporáneos el empleo oportuno de términos e imágenes suministradas por las ciencias modernas?»⁵¹.

Razones *gramaticales* y *retóricas*, de precisión, de perspicuidad, y de regularidad bien entendida, mejoran la sintaxis de una lengua descartando construcciones pleonásticas, inconsecuentes o revesadas, aun cuando las proteja un uso inmemorial. Todos los escritores del siglo de oro de la literatura española incurrieron habitualmente en faltas de concordancia; en redundancias como la siguiente: «Suplico a V. M. *que*, porque no encarguemos nuestra conciencia con una cosa por nosotros jamás vista ni oída, *que* V. M. sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora» (Cervantes)*; y en

⁵¹ CUERVO, *Apuntaciones críticas*, Prólogo. [3ª ed.].

* [*Quijote*, I, 4].

regímenes impropios, de esta especie: «Estatua vestida, *que* el aire le mueve la ropa» (el mismo). En vano el uso general de anteriores siglos, sancionado además por los grandes escritores clásicos, pidió gracia para semejantes incorrecciones: los gramáticos con justa razón las desaprobaban, condenólas la Academia, y felizmente han sido desterradas.

La *lógica*, que ha de regir el pensamiento en sus más atrevidos giros y en sus más desembarazadas manifestaciones, pone cortapisas a hipérbolos violentas y a metáforas absurdas. Así Littré no vacila en condenar la frase «imprimir movimiento», aunque autorizada en francés por Buffon, Malebranche, Voltaire, Fontenelle; niégale el pase por incorrecta e inexacta, porque encierra una metáfora falsa e incongruente; y en punto de metáforas, añade con razón el gran lexicógrafo, el uso no goza del derecho de prescripción contra los fallos de la *lógica*.

Hace consonancia con esta doctrina la regla que observaba y recomienda Coleridge, a saber: no usar una palabra en sentido inmaterial y translaticio sin confrontarlo, como piedra de toque, para juzgar de su oportunidad y propiedad, con el sentido recto y material. Secreto ha sido éste de eximios escritores, los cuales ¡cuántas acepciones impropias, cuántas metáforas no desecharon, antes indebidamente naturalizadas en la lengua!

Y si saliendo del campo puramente literario, subiésemos a fuentes más altas, ¿qué no diríamos del *orden moral*? ¿Quién no ve la influencia benéfica que tienen en las letras la nobleza de sentimientos y la suavidad y pureza de costumbres? La tiranía envilece los caracteres y falsea los talentos: la servilidad, el hábito de

adular inventa un estilo exagerado, enfático y tortuoso; al calor de la sinceridad sustituye artificios glaciales; a la expresión sencilla, armoniosa y cándida, la frase enredada, rimbombante y nebulosa; conforme se extingue el patriotismo, el mal gusto cunde, y el lenguaje mismo en su índole y vocabulario, se altera, y desvirtúa. Viciado éste, y descaminado el uso, nadie espere en una restauración literaria, promovida por medios mecánicos; que el galvanismo retórico no es instrumento de resurrección; renazca y reine la virtud, y reflorearán entonces las letras humanas.

El furor revolucionario es otro enemigo y perturbador del lenguaje; porque con hombres y cosas, alza asimismo y rebaja las palabras, no por escala sino a saltos, trastornándolo todo. En fin, y para valerme de los conceptos de un ilustre escritor de nuestro siglo⁵²: las grandes conmociones civiles, agitando todas las almas, engendrando monstruosidades de maldad y de energía, dando tormento a las ideas, emponzoñando las palabras, amenazan a la literatura con una irrupción de barbarie casi inevitable, mayormente cuando vienen en pos de una época de adelantada cultura y refinamiento literario. Nacerán todavía y brillarán algunos talentos sobre el campo arrasado por la tormenta; pero al cabo la lengua se corrompe, lo natural parece vulgar, la verdad cosa demasiado débil. Sacudidas por emociones violentas las almas pierden entonces aquella sensibilidad viva y delicada de donde resulta el buen gusto literario, y el genio no conoce ya reglas ni

jueces. En medio de semejante desorden, que importa no confundir con la originalidad, ¡cuánta gratitud no merecen aquellos escritores que con el ejemplo convidan los espíritus, a una elegancia juiciosa y noble, inseparable de la civilización de un gran pueblo!

VII CONCLUSIÓN.

Perdonad, señores, si os he fatigado con tan cansada exposición, falta de las condiciones de amenidad académica de que yo, si pudiese, hubiera querido revestirla.

Pero considerad, para disculpar mi atrevimiento, cuán íntimamente interesa la cuestión que os he propuesto, al instituto del cuerpo literario a que pertenecemos. Si el uso fuese dueño y guía único del lenguaje, el imperio que ejercieron los escritores clásicos sobre el idioma, fuera tiranía; el ejemplo y consejo de literatos beneméritos, intrusión; las decisiones de las Academias, usurpación, y vana y perdida en último caso su labor, siempre que no se haya reducido a seguir pie con pie al uso propiamente dicho, el cual, al tenor de aquella doctrina, debe de ser omnipotente. Por fortuna la experiencia enseña que el uso es susceptible de educación y perfeccionamiento; que los escritores clásicos ennoblecieron y ornamentaron la lengua; que la gramática, la lógica, la erudición y la crítica, la depuran, la regularizan y acicalan; y que las Academias, conciliando

lo razonable y lo conveniente, el interés de la ciencia con los de la nación, ejercen una autoridad benéfica.

Fijad un poco más la consideración, y notaréis que si al decoro de la Academia no es indiferente la elucidación del tema propuesto, menos lo será para la suerte de la lengua y literatura nacional la especie de opiniones que hayan de arraigarse y prevalecer en materias relativas a la propia cuestión. «¡Cuidado», nos dice el lexicógrafo francés tantas veces citado, «con el desdeñoso juicio del oído, que rechaza incontinenti todo termino desusado, asimilándole al arcaísmo, o relegándole como decían con desdén nuestros padres, al lenguaje gótico o galo; sin recapacitar (y así se curarían de su ligereza) que aun las personas que más han leído no llegan a poseer jamás sino una parte de la lengua completa, bastando mudar de residencia, adoptar distinta profesión, o cerrado un libro abrir otro para que cualquiera halle vivas, harto vivas, palabras que se figuraría estaban de tiempo atrás enterradas!» ¿Y de dónde se origina tan sistemático desdén, sino de dar al uso, a este César del lenguaje, lo que no es del César? Los que le reciben por oráculo le consultan donde lo hallan, en su provincia propia, en su parroquia, en su casa: siguiendo una inclinación que así halaga a la vanidad lugareña como a la pereza de estudiar, confunden la naturalidad con la vulgaridad, tienen por sencillez su lastimosa miseria; en vez de pagar tributo a la lengua nacional, la humillan y deslucen reduciéndola a los estrechos términos de su particular dialecto, y cuando todos se encogen por tal modo en excéntricas esferas,

el resultado es empobrecerse al cabo y fraccionarse la lengua. Patentes están los estragos de preocupación tan mezquina, en multitud de voces que han caído en desuso no cual otras, por cambios naturales en la vida del lenguaje, sino por abandono, y por incuria, y por mala vergüenza, y por tímido y ruin prosaismo: ahí las tenéis en el Diccionario con el signo de *anticuadas*, que quiere decir *aquí yace*, y tras ello una breve definición, que tanto vale como epitafio⁵³.

Donde reinaban tosca ignorancia y la vulgar rutina, establézanse estudios de humanidades, impere la erudición, florezca la poesía, y ¡cuán manifiestos serán, en el habla y en la escritura, los efectos de este cambio! Ya no se enseñará la gramática empíricamente como recetario o reglamento de policía: el estudio de la lengua será comparativo, histórico literario: se examinará, y aprovechará tal vez el arcaísmo: como en las bellas artes, y en las de ornamentación, como en joyas y muebles, se restaurarán en literatura modas que pasaron, no a guisa de retroceso, sino de recolección de tesoros malamente rezagados; no por desprecio a lo existente, sino para acrecentarlo⁵⁴. Se atreverá un traductor ilustrado,

⁵³ Nueve mil setecientas dos voces anticuadas contó Monlau en la 8ª edición del Diccionario de la Academia, y dividiéndolas en dos grupos, uno de las que están bien anticuadas, y otro de las que indebidamente han caído en desuso, calculó en cuatro mil, por lo menos, las de esta clase. *Memorias de la Academia*, I 532.

⁵⁴ Respecto de restauración de arcaísmos debe guardarse un término medio entre la osadía de algunos y la cobardía de muchos. Littré da la regla: «Dans ce riche amas de débris il n'est pas interdit de choisir quelques épaves qui peuvent être remises dans la circulation, parce

al trasladar un autor clásico de extranjera literatura, a emplear su lengua propia en la forma que tuvo en el período paralelo al del original que imita⁵⁵. Los resabios de particularismo cederán a las ventajas que ofrece la unidad de una lengua que se habla en dilatado territorio. En fin, «las personas estudiosas penetrarán la razón elevada de las reglas, y cambiando la servil y ciega sumisión por aquel criterio franco y atinado que sabe valerse aun donde falten gramáticas y diccionarios, cesarán de ser partidarios rigoristas de tal o cual sistema para alcanzar un conocimiento más fecundo e interesante del idioma»⁵⁶.

Señores: no he querido sustentar una tesis: sólo os he presentado una serie de observaciones, rondando, por decirlo así, una cuestión para nosotros capital, para el idioma mismo gravísima. Temo (valiéndome de la frase de Malthus) haber torcido un poco el arco de un lado, al tratar de enderezarlo del otro. En todo caso me alegraré de haber abierto campo a la discusión, a fin de que ella traiga la verdad a su punto, y que nosotros, pisando en terreno firme, y puesta la mira en los intereses legítimos de la lengua castellana, podamos trabajar activos y serenos, en los objetos de nuestro instituto,

que les termes ainsi restitués ne choquent ni l'oreille ni l'analogie et qu'ils se comprennent d'eux mêmes». [*Dictionnaire*, préface, I].

⁵⁵ Así P. L. Courier restauró en gótico el *Dafni y Cloe* de Amyot y empezó en el mismo sistema, a trasladar a Herodoto; Littré ha traducido a Homero y a Dame en el francés del siglo XIII, y Duffield acaba de poner a Cervantes en el inglés de Ben Johnson. Los defectos en el desempeño deben imputarse al artista, no al sistema.

⁵⁶ CUERVO, *l. l.*

haciéndose por ello digna nuestra Academia del hermoso materno lema que llevamos por divisa:

LIMPIA, FIJA, Y DA ESPLENDOR.

Este discurso apareció originalmente en el *Repertorio Colombiano* (tomo VII, núm. 38, agosto de 1881, Bogotá, Librería Americana y Española, págs. 89-136). Ese mismo año se publicó como folleto independiente: Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 60 págs. Fueron las dos ediciones hechas en vida de Caro. La tercera corresponde al año de 1928, en el tomo quinto de *Obras completas de don Miguel Antonio Caro* (Bogotá, Imprenta Nacional, págs. 234-275). Cuarta edición, en el *Anuario de la Academia Colombiana*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1935; tomo I, 1874-1910, reimpresión con adiciones, págs. 491-527. Quinta edición, como libro independiente, en *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*, conocida también como *Biblioteca Aldeana de Colombia*, vol. I, págs. 11-132, Bogotá, Editorial Minerva, 1935. Sexta edición, en el tomo 17 de la Biblioteca de la Presidencia de Colombia (MIGUEL ANTONIO CARO, *Estudios de crítica literaria y gramatical*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1955, tomo II, págs. 41-89). Séptima edición: Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1976, 106 págs.

La edición del *Repertorio* y la de Echeverría son en realidad la misma, con la diferencia de que en la primera se leen tres párrafos y una nota, que no aparecen en la edición en folleto. En la presente, que viene a ser la octava, nos atenemos estrictamente al texto de la edición hecha por la imprenta de Echeverría, considerando su texto como definitivo, y añadiendo en nota y en su lugar los párrafos, nota y una variante que se encuentran en la del *Repertorio*. Para quien tenga interés en ampliar su información sobre las ediciones de este discurso, remitimos a la *Nota preliminar* que puso Carlos Valderrama Andrade a la edición de 1976, págs. 7-15.